

## Verum Agathae - Relatos de vida Agatina

### Introducción

Como todo catanés que se respete, crecí bajo la figura materna de Santa Águeda. Ella está sobre Catania y, así como el Etna, la domina: hermosa e indomable, fogosa y rebelde, sugestiva y protectora. Desde pequeño deseé conocer más sobre esta figura de la que realmente se sabe muy poco; la historia nos ha transmitido las actas del martirio, alguna leyenda y estudios realizados en retrospectiva a partir de ellos. He leído muchos libros, visto muchas imágenes; le he rezado, la he invocado, la he soñado. Cerrando los ojos podía incluso oírla hablar.

¿Cómo era tu vida, Agatha? ¿Qué hacías? ¿Qué decías? ¿Tenías amigos? ¿Alguien a quien amabas?

Empecé a escribir estos relatos sin pensarlo demasiado, simplemente cerrando los ojos. Y de año en año llegué hasta hoy con la decisión de hacerlos públicos. En realidad ya lo había hecho, publicándolos cada miércoles en la columna "Verum Agathae" en nuestra página de Facebook "Agatha", obteniendo incluso un discreto éxito. Pero ya se sabe que en las redes sociales las cosas demasiado largas no funcionan, así que en cierto momento interrumpí las publicaciones.

Fue un correo electrónico recibido en días pasados de un tal Filippo (a quien estoy muy agradecido), fascinado por estos relatos, lo que me convenció de retomarlos, reunirlos y crear una especie de E-Book gratuito para quien quisiera leerlos. Esto también me hizo pensar que, además de haber recibido el aliento de la persona que amo, Floriana, de alguna manera he recibido también el beneplácito de la protagonista de estos relatos. Y si esto ha llegado en un periodo un poco tumultuoso de nuestra vida, en el que la enfermedad ha llamado a nuestra puerta y nos encontramos fuera de la ciudad intentando domarla, tal vez tenga un sentido: El regreso a los orígenes.

Para quien se esté preguntando cómo interpretar estos relatos, quiero responder como respondí a Filippo, invitándolos a reflexionar sobre qué es verdaderamente importante cuando se lee un texto espiritual. ¿No es acaso el fruto que deja en nuestro corazón? ¿No es acaso la capacidad de acercarnos a Dios y a sus santos? ¿No es acaso la alegría de descubrir su infinita misericordia y su amor por nosotros?

Jesús mismo nos enseñó a reconocer a los falsos profetas por sus frutos: "*¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos*" (Mateo 7,16-17). Si los frutos son buenos, entonces debemos acoger el mensaje que se nos transmite, sin preocuparnos demasiado por su origen. Si los frutos son malos, entonces debemos rechazar el mensaje y no dejarnos engañar por las apariencias.

Con la esperanza de que estos relatos puedan dejar una buena semilla en sus corazones y puedan ayudarles a profundizar la curiosidad hacia esta maravillosa mujer, les deseo una buena lectura y que Dios los bendiga.

Pax et Bonum. A mayor gloria de Dios y en sufragio de las almas del purgatorio.

*Gaetano S. Puglisi*

---

## 1. Nomen Omen

—¡Agatha, Agatha! ¿Dónde estás? La voz proviene de un hombre alto y delgado que camina por un prado: ¡es Rao, el padre de Agatha! Una niña se acerca con un conejito en las manos.  
—Míralo, mira qué hermoso, no tuvo miedo, ¡se dejó atrapar como si ya me conociera!  
—Agatha, tesoro mío, ¿nos has asustado, por qué te fuiste así sin decir nada? —Lo había visto escondido detrás de la hierba, papá, quería acariciarlo. Aparece una mujer más baja pero igualmente esbelta. —Rao, ¿la has encontrado? —Sí, estaba aquí con un nuevo amigo... —y señala a Agatha que mientras tanto está liberando al animalito.

Agatha es regordeta, con un largo cabello castaño muy ondulado que cae libre sobre sus hombros; no lleva ningún peinado particular y su vestimenta es muy sencilla, su porte es elegante, fiero y seguro.

—Agatha, ¿cuántas veces te he dicho que no nos preocupes? Tu padre y yo estábamos angustiados. Pero la atención de Agatha ya estaba en otra parte... —Ah, mamá, ¿tú también estás aquí? Mira esta pequeña abeja, cómo se afana en esta flor, ¿cuál es su tarea, papá? La interrumpe Apolla, la madre de Agatha: —¡Qué revoltosa! No lograrás nada en la vida, siempre con la cabeza en las nubes mirando el cielo, las flores, las mariposas... ¡ya tienes ocho años, debes pensar en tu educación! Rao interrumpe a su esposa: —Pero vamos, déjala en paz, ¿a quién le está haciendo daño? —Tú eres demasiado permisivo, por eso es así, ¡disciplina, hace falta disciplina! Somos cristianos, ¿piensas que Jesucristo se ponía a mirar las florecitas o a estar con la cabeza en las nubes? —Pero si es Él mismo quien invita a mirar los pájaros... —Sí, pero no a dejarse distraer por ellos.

En este punto Agatha se acerca a su madre: —Mamá, ¿todo esto lo creó Dios? —Sí, querida, fue Él quien lo creó. Agatha se detiene, mira el paisaje y continúa: —Mientras que las estatuas, las casas, los libros, la ropa y todas las cosas que me hacen una "niña buena", ¿las creó el hombre? —Sí, ¿por qué? —responde Apolla, pero es interrumpida por Agatha. —Entonces yo estoy mirando lo que Dios me dejó, y Dios me hará aún más instruida y sabia que el hombre. —Sí, pero eso no significa que... —es interrumpida de nuevo por la risa estrepitosa de Agatha, que se había alejado sin siquiera darle tiempo a responder. —Mira qué bonito... —dice mientras trae un cachorro de perro que había oído llorar, descubriéndolo escondido en un árbol. —¿Dónde está su mamá? —Probablemente lo está buscando como nosotros te buscábamos a ti —bromea Rao. —¿Y si fuera huérfano? —No, Agatha, ni lo intentes —irrumpe Apolla.

—¿Podemos quedárnoslo? ¡Está tan indefenso! —Que así sea —dice Rao—, pero tendrás que ponerle un nombre y tendrás que ocuparte tú de él.

Agatha mira mejor para verificar el sexo del animal y comprende que es una hembra: —Es una pequeña niña, la llamaré... la llamaré... Ceres. —¿Ceres? —dice Apolla—. ¿Por qué darle un nombre pagano a un perro? —¡Porque me gusta! —Agatha, escúchame, yo quiero que vayas al paraíso, pero para ir allí debes comportarte como cristiana, debes demostrar que amas a Jesús y no lo estás haciendo. —Pero una criatura suya lloraba y yo la salvé, ¿por qué debería preocuparse por el nombre que le doy? ¿Qué diferencia hay si se llama Ceres, Agatha o Pancracio? —*Nomen Omen* (el nombre es un presagio), yo quisiera que tu nombre esté entre los notables de esta ciudad, que te hagas un nombre entre los cristianos. —Tu deseo podría realizarse de manera diferente a como crees —dice amorosamente Rao. —¡Es una conspiración contra mí! Rao, tú eres responsable de la educación ante Dios de tu hija, ¡debes criarla como cristiana, no como pagana! —¡No puedes juzgar la educación de una niña, la juzgará Dios cuando llegue su momento! Sus caminos no son nuestros caminos. Luego se vuelve hacia Agatha: —Ceres tendrá hambre, vamos a casa a darle algo que llevarse a la boca. Y se fueron los tres regresando a casa.

---

## 2. Una elección que te cambia la vida

En un marco envuelto en la oscuridad de las profundas catacumbas, una joven Agatha emerge del misterio de la sombra. Tenía alrededor de catorce años y su rostro resplandecía bajo la tenue luz que emanaba de una vela que acompañaba su camino. Avanzaba con paso medido y la mirada absorta en pensamientos profundos, casi como si estuviera comunicándose con lo divino a través del silencio de sus meditaciones.

El camino de Agatha la condujo a una pequeña habitación, donde la esperaba un hombre de rango eclesiástico, reconocido inmediatamente como el obispo de Catania. Junto a él, otras figuras pertenecientes a la comunidad cristiana aguardaban con respeto y expectación. Agatha los saludó con una sonrisa que reflejaba una familiaridad ya existente. Estaba claro que ya había abrazado la fe a través del sacramento del bautismo y de la confirmación, preparándose para el paso que estaba a punto de emprender.

El obispo se acercó a ella con delicadeza, las palabras escogidas con cuidado en el eco de su voz. —El paso que estás a punto de dar es de extraordinaria importancia. Cuando se abrazan los votos divinos, el camino se vuelve irrevocable. Sin embargo, aún estás a tiempo, Agatha. ¿Has reflexionado sobre esta elección? ¿Estás segura de querer hacerlo? Sin dudar, Agatha respondió con firmeza: —Sí, es mi deseo. El obispo le ofreció un gesto de afecto, posando un beso en su frente, acompañado de una bendición cargada de significado. La luz trémula de la vela parecía danzar alrededor de ellos, como si el universo mismo celebrara aquel momento único.

Pronto, la atmósfera se transformó en una liturgia sagrada. Después de la comunión eucarística, el obispo invitó a Agatha y a otras jóvenes almas deseosas de consagrarse a Dios a unirse a él. En el coro de voces silenciosas, Agatha estaba presente con una mirada humilde, pero grabada con una determinación profunda. Era como si su corazón ya estuviera en comunión con lo divino, una oración constante que se extendía a través de cada respiro.

La bendición del obispo cayó sobre ellas, como una luz que irradia a través de la oscuridad. El velo fue posado con respeto sobre la cabeza de Agatha y de las otras jóvenes, un símbolo de devoción y compromiso. El obispo se dirigió a ellas, pronunciando palabras de significado eterno: —Dios les ha confiado una tarea de importancia extraordinaria. Sean la sal que da sabor al mundo, sean la luz que guía a sus hermanos y hermanas. Sean el fuego del amor ardiente, portando con dignidad el velo que representa su dedicación.

Concluyendo la ceremonia, los presentes se disolvieron en oración y reflexión. Agatha se arrodilló frente a una cruz de madera, su corazón colmado de gratitud y devoción. En ese momento de intimidad con lo divino, ella pronunció palabras que reflejaban su confianza incondicional: *"He confiado mi cuerpo en las manos del Señor. Si Su voluntad hubiera tomado un camino diferente, la habría acogido con humildad. Sin embargo, sentía que este era el sendero que Él había trazado para mí. Mi propósito era convertirme en la esposa de Jesús, totalmente Suya, y solo de Él."*

---

### **3. Apolonia - La primera devota**

La historia de Apolonia, querida amiga de Agatha, se despliega a través de una vida marcada por sufrimientos y amor, un viaje espiritual que la condujo hacia cumbres elevadas de santidad. En su ejemplo, encontramos una vía para emular su sencillez y aceptar con confianza lo que la vida nos ofrece, cumpliendo así la voluntad del Señor.

Nacida como hija de esclavos vinculados a ricos terratenientes, Apolonia compartía un lazo profundo con Agatha, que iba más allá de las convenciones sociales. Mientras su padre era un laborioso esclavo agricultor, su madre servía como dama de compañía a la dueña de la casa. Apolonia llevaba consigo desde su nacimiento un defecto físico en el pie, una cojera que acompañaría cada paso de su existencia.

La infancia de Apolonia transcurrió en la pobreza característica de los esclavos. Con los padres constantemente empleados al servicio de sus amos, las atenciones hacia ella fueron limitadas. Esta falta de afecto la golpeó profundamente. A la tierna edad de ocho años, la pérdida de su padre, resultado del trabajo fatigoso y a menudo inhumano, dejó un vacío en su corazón. Los amos intensificaron las tareas asignadas a la madre, y sobre Apolonia descargaron las frustraciones de su dolor, atormentándola por su lentitud debida a su discapacidad física. La tragedia golpeó de nuevo cuando la dueña de la casa enfermó y murió, llevándose consigo también a la madre de Apolonia. Quedando huérfana con solo diez años, Apolonia se encontró

a merced del dueño de la casa, un hombre cruel que la atormentó y la maltrató por su dolor personal. Su existencia se convirtió en un infierno, hasta que el dueño decidió venderla.

La venta de Apolonia fue el siguiente paso, trayendo consigo una punzada de temor e incertidumbre. El padre de Agatha, vislumbrando una esperanza, compró a Apolonia. Inicialmente desconfiada y desilusionada, Apolonia encontró en la dulzura y en el amor de Agatha la luz que iluminaría su camino. Fue Agatha quien le hizo conocer a Cristo y la condujo fuera del caparazón protector en el que se había retirado. A través del vínculo con Agatha, Apolonia abrazó una vida dedicada al prójimo, superando las barreras de la desconfianza.

Los años pasaron y Apolonia y Agatha compartieron cada desafío y alegría. La muerte del padre de Agatha marcó un periodo difícil para ambas, pero la fe las mantuvo fuertes. La fe que habían desarrollado las guio a través de pruebas adicionales, ya que la ley requería que el hermano del padre de Agatha se hiciera cargo de ellas. Sin embargo, el amor, la madurez y la fuerza espiritual de Apolonia continuaron creciendo.

Tras el encaprichamiento de Quinciano por Agatha, ambas huyeron a San Giovanni Galermo, buscando refugio en un lugar de espiritualidad. Aquí, Apolonia afrontó el desafío de crecer, oración tras oración, entre momentos de melancolía y alegrías. En el transcurso del año, el martirio de Agatha trajo una nueva ola de luto, pero la fe de Apolonia permaneció firme.

Apolonia cuidó de la madre de Agatha hasta su muerte, pero pronto tuvo que enfrentar nuevos desafíos como mujer libre. A través del bien que practicaba, conoció a Alessandro, un hombre en la cárcel, y con amor y oraciones, obtuvo su libertad. Los dos se casaron y vivieron con dedicación y amor, dando a luz a siete hijos.

La vida de Apolonia no estuvo exenta de dolor y tribulación. Luchó con enfermedades, responsabilidades y sufrimientos, pero su fe permaneció sólida. Apolonia vivió una vida de ofrenda silenciosa y oración, aliviando los sufrimientos de los demás mientras enfrentaba los propios. Su muerte llegó tras años de batalla contra una enfermedad debilitante. En el momento de su transición, Apolonia salvó a pecadores a través de sus oraciones y su sacrificio, alcanzando el paraíso con el corazón puro y el alma en paz.

Apolonia nos enseña que la grandeza espiritual no reside en las acciones extraordinarias o en la importancia social, sino en aceptar confiadamente el plan de Dios y en ofrecer cada aspecto de nuestra vida. Su fe incondicional y su sencillez son un faro para aquellos que desean seguir el sendero del amor y de la devoción. *"Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios."* Apolonia, con su corazón sincero y su confianza, encarna esta bienaventuranza, mostrando que el camino hacia la santidad puede ser simple pero profundamente significativo.

#### **4. Pon amor donde no hay amor y encontrarás amor**

Como ya se ha dicho, Apolonia era una esclava que pertenecía a un amo muy cruel, que solía torturarla y golpearla; a menudo también abusaba de ella físicamente. El trato que recibió esta muchacha, especialmente tras la muerte de la esposa del amo, fue verdaderamente inhumano,

pero en aquellos tiempos los esclavos eran considerados «cosas» y estaban sujetos a los caprichos y la voluntad de las personas.

El amo de Apolonia, Marcellus, y el padre de Agatha, Rao, se conocían. Un día lo mandó llamar para tratar de negocios; así que Rao se encontró en casa de Marcellus. Ambos fueron servidos por Apolonia, que estaba visiblemente maltrecha. Ella, que sufría una cojera congénita, además no dormía desde hacía días, estaba obligada a comer limitadamente, una vez al día, y era frecuentemente golpeada, azotada y torturada.

Rao sintió compasión, pero conociendo el carácter megalómano de su amigo, no lo reprendió. Estudió bien sus palabras para sacarla de allí y dijo: —Estoy interesado en tu esclava, ¿me la vendes? Y Marcellus: —Amigo mío, esa era la esclava de mi esposa. La conservo por piedad, no vale mucho. —Bien, eso significa que me harás un descuento. —No te conviene cogerla, es coja. —No temas, no le haré hacer trabajos pesados. Quiero que sea compañera de mi hija Agatha. —Debo decirte, sin embargo —dijo Marcellus—, que está herida por justos castigos, ya no es virgen porque es una excelente concubina y lleva mi marca ya impresa. Así diciendo, se levantó, la desnudó y mostró una «M» marcada a fuego en su pecho.

Rao dijo: —Todo eso le bajará el precio. —No te rindes, ¿eh? Se nota que eres un buen comerciante. —Fuiste tú quien la redujo así, no yo. No es justo que la pague a precio completo.

Rao, con aquella escenificación, se llevó a Apolonia aquel mismo día sin nada —el amo no le dejó más que la ropa que llevaba puesta— a cambio de pocas monedas. En el camino, Rao se dirigió a Apolonia y dijo: —No temas, en mi casa estas violencias no existen. Y Apolonia: —Mi señor, estoy a vuestras órdenes. Lo que queráis hacer de mí, hacedlo. —Nada —dijo Rao—. Serás amiga de mi hija, Agatha. Es una niña muy buena; estoy seguro de que te devolverá el respeto y la dignidad. Apolonia dijo: —Para servirla. Rao dijo: —Deseo cumplir un deseo tuyo antes de que comiences tu servicio. ¿Qué deseas?

Apolonia quedó sorprendida por la insólita pregunta. Nadie se había preocupado jamás por sus deseos, pero respondió: —Estoy muy cansada, señor. He dormido poco estos días y he afrontado duro trabajo. Si no es mucho pedir, desearía descansar. Con plena energía podré servirle como merece. Rao dijo: —De acuerdo. Te presentaré a mi hija y después podrás descansar, por primera vez todo el tiempo que quieras, y cuando quieras despertar, despiertas.

Volvieron a casa. Los recibió Apolla, la esposa de Rao, y dijo: —¿Quién es? Y Rao: —La he traído de casa de Marcellus. Quisiera que fuese compañera de Agatha. Ya es mayor, debe tener la responsabilidad de una vida humana.

Apolonia se quedó sorprendida de ser definida «vida humana» y no «cosa», y se sorprendió aún más al pensar que había sido adquirida para responsabilizar a la hija. Ciertamente, hoy esto puede hacer pensar en un perrito, pero para la época era muchísimo, especialmente si se piensa en el trato que había recibido previamente.

Fueron a la habitación de Agatha, que estaba estudiando pasajes de Platón. No había oído la llegada de su padre; normalmente corría a su encuentro con alegría, le tenía un cariño

inmenso. El padre la llamó y dijo: —Esta es Apolonia. Deseo que sea tu amiga. Apolonia se asombró una vez más al oír el término «amiga» referido a ella. Agatha la miró atentamente —estaba herida— y dijo: —Apolonia, es un honor tenerte entre mis amigas. ¿Honor? ¿A una sierva? Apolonia estaba desconcertada.

Rao continuó: —Le he prometido dejarla descansar; así que por ahora dormiré. Cuando despierte, estará a tu servicio. Apolonia fue a dormir. Descansó veinticuatro horas seguidas, antes de ser despertada por una Agatha preocupada, e iniciar una larga amistad que prosigue a través de los siglos.

---

## 5. Todos necesitamos ser perdonados

Una joven Agatha y su amiga Apolonia estaban arrodilladas en oración ante el candil de aceite, recitando las oraciones de rigor y luego, por turnos, oraciones espontáneas. Cuando llegó el momento de las acciones de gracias, Agatha dijo: *"Te doy gracias, Señor, por el don de Apolonia, hermana mía, fiel amiga. Llénala de bendiciones. Te doy gracias por haberla puesto a mi lado en un momento de tanto dolor como la partida de mi padre... No sé cómo habría hecho sin su consuelo..."*

Apolonia bajó la mirada. Llegó su turno de dar gracias, pero no dijo nada. Agatha preguntó: —¿Te ocurre algo? Apolonia calló. De nuevo Agatha: —¿Estás mal? ¿Puedo ayudarte? Silencio otra vez. Apolonia seguía con la cara hacia abajo.

Agatha entonces le rozó el cabello. En ese momento Apolonia rompió a llorar y, agarrándose al cuello de Agatha, dijo entre sollozos: —¡Perdón, perdón... Perdón... He pecado...! Agatha la miró: —No soy yo quien perdona los pecados... Apolonia seguía repitiendo «perdón, perdón», mientras Agatha le devolvía el abrazo y la estrechaba contra su pecho. No preguntó nada. En aquel momento habría sido inútil.

Cuando, apretada contra el pecho de Agatha, poco a poco se calmó y cesó el llanto, Agatha le preguntó: —¿Qué ocurre? Apolonia se separó, se secó el rostro y dijo: —He pecado contra ti... Perdóname. Agatha respondió: —Yo no tengo nada que disculparte. Tú no me has hecho nada, es más... Apolonia le puso la mano en la boca como señal de que callara y tomó la palabra: —Cuando vine aquí, venía de un pasado difícil. Mi antiguo amo nos trataba muy mal, tú lo sabes... Agatha asintió. —Tenía mucha desconfianza en vosotros y en los hombres en general... Me resultaba difícil creer que un rico pudiera considerar "de familia" a alguien como yo... Esclava inútil... Se detuvo. Agatha asintió, no la apremió; no tenía prisa. —Tú me predicabas un DIOS que para mí no tenía razón de existir... Me decía: es fácil creer en un Dios bueno y hermoso cuando se tiene de todo... Un Dios que es amor cuando no falta nada... Me decía: daría a estos un día de mi vida pasada, y veríamos si piensan igual...

Empezó a llorar de nuevo. Agatha, en silencio, la mantenía apretada en su abrazo. Hasta que Apolonia retomó: —He visto vuestras acciones, en estos dos años que llevo aquí, totalmente

distintas de las de mi viejo amo... Tu amistad me ha conquistado el corazón; te quiero muchísimo, Agatha... Pero en muchos momentos me decía: Apolonia, no seas necia; ¿desde cuándo un amo quiere bien a un siervo? Os traicionarán y maltratarán cuando terminen de divertirse contigo... Y así me alejaba de ti... Tenía miedo...

Apolonia hizo una pausa. Agatha permanecía aún silenciosa y seria. Apolonia prosiguió: —Y luego... tu padre se fue... Yo lo amaba profundamente... Me ofreció ayuda... Pero vi cómo viviste aquel dolor... Sufriste... Sentías un gran afecto por él... Te lo dio todo... Fue un ejemplo para ti, tenéis muchas semejanzas de carácter... Su fuerza está en ti... Agatha no pudo contener las lágrimas al pensar en su padre; sin embargo, se esforzó por mantener la compostura. Apolonia prosiguió: —Vi cómo tomaste su muerte... Sufriste mucho... Sufres todavía mucho... Para ti era un pilar. Agatha la interrumpió: —Lo es todavía... Apolonia esbozó una pequeña sonrisa: —Sí, lo es todavía, Agatha... El punto es que aquí te vi en tu debilidad de mujer. Te vi como a mí. Me impactó mucho que te fiaras de mí... Lloraste conmigo y te apoyaste en mí. Agatha dijo: —¿No debía? Apolonia respondió: —Me hizo feliz, pero me tentó... Me decía: cuando termine el dolor terminará la amistad, los ricos son todos iguales... Y los ricos cristianos son aún peores... Me sentía atraída por tu DIOS, pero me daba miedo.

Agatha la miró directamente a los ojos, como era su costumbre, pues sostenía que mirando directamente a los ojos se puede leer el alma de la gente, y con extrema calma dijo: —Te escucho. Apolonia, aún con lágrimas, dijo: —Hasta hoy... Hoy has dado expresamente gracias a DIOS por mí... Por mí... Yo... Sin importancia... Yo, insignificante... Yo, inútil... Yo... Con limitaciones... ¿Por qué has hecho este gesto? ¿Qué merezco?... Pero, ¿soy de verdad tu amiga? ¿Tu hermana como has dicho? ¿Soy solo un rehén?... Empezó a llorar de nuevo pero no dejó de hablar: —Y nadie habría podido sostener un dolor semejante como lo sostuviste tú, si DIOS hubiese sido una mentira de ricos...

Agatha la miraba fijamente, le acariciaba el cabello, hasta que Apolonia dijo: —¿No dices nada? Solo entonces Agatha habló con la voz rota por la emoción: —Cuando mi padre se fue sufrí mucho, y aún lo echo de menos... Humanamente es así, pero sé bien que espiritualmente me es cercano como y más que cualquier otro... Nadie me fue nunca más cercano que él, aparte de Jesús. Pero sufrí por él, echo de menos su voz, sus pasos, sus historias... Sus reprensiones... Echo de menos sus ternuras, echo de menos todo de él...

Esta vez fue Apolonia quien le acarició el rostro y le dijo: —Nunca te había tocado hasta ahora... Siempre he tenido miedo... Yo soy una... Agatha dijo: —Tú eres una mujer, Apolonia, y basta... Para DIOS eso eres... Tú te defines esclava... ¿Y mi padre era un noble? No, amiga mía, para DIOS tú eres una mujer y él un hombre: esa es la única diferencia, y ni siquiera como la hacen los hombres, que reducen a las mujeres a poco más que animales. Jesús se rodeó de mujeres. A las mujeres les dio el don de ser madres y a los hombres el maravilloso don de ser padres; dos tareas distintas, pero ninguna sustituye a la otra. Esto somos para DIOS: hombres y mujeres, diferentes, con distintas peculiaridades, pero ninguno superior ni inferior. He sufrido mucho por mi padre... Pero me ayudaste tú. ¡Sí, me ayudaste tú, que ya habías sufrido este dolor! Has dicho bien: en el dolor me viste como a ti. El dolor nos hace a todos iguales, tan iguales que DIOS se hizo igual a nosotros en lo que seguramente nos une a todos: el dolor...

Jesús... No... No es el Dios de los nobles, sino de los que sufren. Si fuera noble, no sería tan ofendido y blasfemado. Tú, querida Apolonia, estás delante de mí en el reino de los cielos, porque por su justísima voluntad funciona exactamente al revés de como ven los hombres...

Se detuvo un instante. Retomó casi enseguida: —Me viste cerca de ti, en el dolor... Y por eso me apoyé en ti. ¿Quién eres tú? ¿Apolonia? ¿No eres mi amiga? ¿No eres una hermana? ¿Por qué te consideras esclava? ¿Porque los hombres así te ven? DIOS no te ve así, ni yo tampoco... ni papá... Alzó los ojos al cielo: —Pero haces bien en no fiarte ciegamente de los hombres; todo hombre es engaño. Podría traicionarte incluso yo. Pero fíate de DIOS, y mientras DIOS habite en mi corazón, yo seré siempre tu amiga, una hermana en Cristo, hijas de un único padre... no Rao. Se detuvo y luego dijo: —Sino Jesús.

Apolonia estaba inmersa en su silencio, sin más lágrimas pero con los ojos brillantes. Agatha retomó: —No dudes nunca... Es más... Hazme un favor... No dudes nunca sin antes haber hablado conmigo. Lo mismo haré yo. Nosotras somos amigas... ¡Amigas para siempre! Nos ha unido DIOS y nadie podrá separarnos jamás, ni en esta tierra ni en ninguna otra... Al igual que con papá... Bajó la mirada. Apolonia dijo: —Tengo miedo de perderte... No sé por qué... Pero Dios me... Es más, he merecido perder a todas las personas que quiero... Agatha dijo: —No te corrijas, sí, DIOS te las ha quitado... Pero no te las ha quitado... Las tienes aún más cerca. Les quitó la tierra para darles la gracia del paraíso. Respecto al miedo... No lo tengas... ¡Ni un poco! DIOS nos ha creado con gran dignidad. Has dicho bien: he aprendido mucho de mi padre. Espero convertirme en mujer, pero una mujer como él, que era... es... un hombre... Una roca... Fuerte, decidido, con férrea voluntad, dulce y comprensivo, pero decidido, firme al decir sí y no... Sin medias tintas... ¡Quiero convertirme en una MUJER de verdad... no en un gusano! No tengas miedo... Tú también debes ser una mujer, fuerte y decidida... ¿Qué darás a tus hijos? ¿Miedo? No... Fuerza, decisión. Si se es decidido no hace falta ofender, ni pelear... Se aclaran las cosas enseguida...

Agatha estaba firme, miraba fijamente a Apolonia unos instantes y luego la abrazó: —Hermanita mía, no permitamos que entre nosotras surjan semejantes malentendidos... Si en el futuro no tuviéramos posibilidad de aclararnos, hagamos el propósito de no dudar, al menos hasta que hayamos hablado... Apolonia se separó del abrazo y dijo: —Aún no me has dicho si me perdonas... Agatha sonrió, con una maravillosa y radiante sonrisa: —Amiga mía, no solo no tienes nada que hacerte perdonar, sino que te doy las gracias... Porque has sido sincera, confiándome algo que no estabas obligada a confiar. Podías haberte guardado el arrepentimiento y decirte a ti misma que cambiarías. Has hecho más limpia nuestra relación; nos hemos conocido mejor, hemos fortalecido nuestra amistad... Y además... Me has dicho que me parezco a mi papá... No tienes nada que hacerte perdonar... En cambio, ya que estábamos dando gracias a DIOS, hagámoslo también ahora por esto. Que sostenga siempre nuestra amistad, que nos ayude a desarrollarnos como verdaderas mujeres, según ÉL nos quiere... Y no solo como seres humanos con rasgos femeninos... Sino mujeres...

Agatha abrazó a Apolonia, a quien desde aquel momento llamó «Proserpina», porque le había dado la primavera en el corazón.

---

## 6. Los niños repiten lo que oyen

Acurrucada sobre una roca, Agatha está envuelta en una quietud interior. Los pescadores que se dedican a sus faenas capturan su atención. Entre las embarcaciones que surcan el agua, algunas son propiedad de su familia. Estos momentos de distensión son raros para ella, pues normalmente su tiempo está ocupado. Su verdadera tranquilidad llega durante las horas nocturnas, cuando se dedica a la oración con pocas horas de sueño, antes de volver a trabajar para DIOS al amanecer.

De repente decide levantarse y dirigirse hacia el camino, con la intención de volver a casa y asistir a su madre. Su pasión por el tejido ocupa su mente: ¿hará un vestido para Apolonia? Aún absorta en sus pensamientos, choca con un niño de unos ocho años que se le cruza corriendo y que, al caer, comprensiblemente empieza a llorar.

Agatha, inclinándose hacia él: —¡Muchacho! ¿Te has hecho daño? Y él: —¡Mujer! Has aparecido de repente delante de mí. Agatha sonríe y le dice: —Quiero que me perdones. ¿Adónde vas? Te acompaño yo. El niño señala una especie de campamento entre las rocas y dice: —Espero a mi padre, que vuelva de pescar. Agatha asiente, lo toma en brazos y lo lleva hasta allí. Al posarlo en el suelo dice con aire sonriente: —¿Todavía te duele? Y él, un poco por compadecerse de sí mismo: —Bueno, sí, aquí me duele. Agatha, comprendiendo que el niño exagera un poco, aprovecha y dice: —Pues cuando tengas dolores, invoca el dulcísimo nombre de Jesús... Él ha curado enfermos más graves que tú; verás que te dará consuelo para tu herida.

En la vida, Agatha siempre encuentra la ocasión de evangelizar. El jovencito lo rechaza con fuerza: —Tú eres cristiana, ¿verdad? Mi padre dice que vosotros estáis destruyendo Roma. Debo evitarte. Déjame en paz. Agatha queda conmocionada; su rostro se entristece, pero no se deja abatir y replica con su habitual poder de persuasión: —Hace un momento aceptaste que te llevara en brazos y te he traído aquí, justo donde querías ir. Ahora dime, ¿qué te he hecho de malo para merecer esta desconfianza? —No me has hecho nada, señora, pero eres cristiana. Vuestras creencias atraen la ira de los dioses, que merecen adoración... y Roma está sufriendo las consecuencias.

Los niños repiten los discursos de los mayores y, de hecho, contribuyen a su pensamiento. Una vez más, Agatha repite una de sus frases favoritas, con un tono agudo e irónico: —¿Vuestros dioses son tan sensibles? ¿Y por qué temerían a nuestro DIOS si es inferior a ellos? El niño responde: —No quieren que alguien más se apropie de su culto. Agatha replica: —Yo no tendría miedo de quien no puede hacerme daño. Y adorar a un dios que no existe solo me haría reír. Entiéndelo: si creemos en una nada, seríamos simplemente unos necios, objeto de compasión o incluso de desprecio, pero no de rabia, pues no hay nada que temer de quien es menos poderoso. Sin embargo, tus dioses y sus seguidores parecen temerosos profundamente y luchan contra nosotros con todas sus armas. ¿Por qué, jovencito perspicaz?

El niño no sabe responder, y no porque no lo haya entendido, sino porque lo ha entendido demasiado bien, y repite: —Mujer, mi padre me ha dicho que me aleje de los cristianos, y yo obedezco siempre a mi padre. ¿Tú no? Agatha vela un instante de tristeza, quizá precisamente por su padre, y dice: —En eso estás de acuerdo con nuestro DIOS; también Él predica obediencia a los padres, aunque pone esta obediencia por debajo de DIOS: Él está por encima de todo. Como ves, no somos tan malos, y como te he dicho, hasta ahora no te he hecho ningún daño. Se interrumpe... su voz es muy triste al ver en el niño la obstinación, y es precisamente el niño quien repite: —Mi padre no quiere, así que te ruego que te vayas. Agatha lo mira y dice: —De acuerdo... DIOS no obliga a nadie, ni yo quiero crear problemas con tu padre... Ve en paz. Y antes de irse añade un resignado: —DIOS te bendiga. El niño, por toda respuesta, le da la espalda, como diciendo «no lo necesito». A Agatha no le queda más que volver a casa, entristecida por la falta de comprensión y apertura de la sociedad respecto a su mundo interior.

## 7. Fe, oración y combate

Una joven Agatha está serena, sosteniendo en sus brazos un cachorro de perro. Junto a ella está Costantino, un querido amigo de la infancia a quien ella llama cariñosamente "Costa". Él era hijo de una familia muy amiga de la de Agatha, un año menor que ella. Habían crecido prácticamente juntos, unidos por un afecto fraternal que duraría toda la vida y más allá. Pero aquí eran jóvenes: Agatha tenía diecisiete años y él dieciséis. Sentado con ella, escuchaba las palabras que su amiga repetía como un mantra: —Fe, oración y combate... Fe, oración y combate. Eso es lo que deseo de este perro... —¿De este perro, Agatha? —Sí, Costa. Él simboliza la fe, tú representas la oración y yo encarno la lucha. —¿Y Apolonia? —Oh, Apolonia es nuestro pilar. Sin ella jamás tendría la fuerza. La fe necesita un sostén. —¿Y yo represento la oración? —pregunta Costa. —Tú rezas mucho más y de manera más profunda que yo. Oh, Costa, en esta tierra rezarás seguramente mucho más que yo, y este perro será tu compañero, será el bastón de tu vejez.

Agatha hacía una referencia evidente a lo que siempre había sentido en su corazón: su martirio. Costantino se quedaría rezando en esta tierra con su fiel *Fides* incluso después de que Agatha la dejara, aunque él, obviamente, no podía saberlo. —¿Y en el cielo? —respondió él. —En el cielo está la eternidad; no hay límites. —¿Entonces has llamado al perro *Fides* porque representa la fe? —Sí, y tú te llamas Costantino porque la oración requiere constancia. —¿No te resulta extraño, entonces, que tú, que simbolizas la lucha, te llames Agatha? —¿Y por qué habría de ser extraño? Ser bueno significa combatir por el bien, defenderlo. No veo nada raro. La inercia es un mal disfrazado de bien, y no forma parte de mi naturaleza. El bien requiere lucha más a menudo de lo que se piensa.

Se detiene, sonríe y añade: —Somos un buen trío: yo, tú y Fides, ¿verdad? Si añadimos también a Proserpina, nos convertimos en un cuarteto divino perfecto, un cuarteto que se repite en la eternidad y seguirá repitiéndose hasta el infinito. Costantino se acerca a Agatha, la observa y dice: —Estaremos siempre unidos. Agatha responde: —No lo dudes jamás. En cada momento, en cada instante, estaremos siempre unidos los cuatro, por la eternidad.

Fides se convertiría en el compañero de aventuras del solitario Costantino durante más de veinte años, hasta el final de sus días.

---

## **8. El destino te espera justo en el camino que tomaste para evitarlo**

Agatha se encuentra oculta, rezando con otros jóvenes en unos túneles subterráneos de la ciudad. De repente, una inspección de guardias romanos es avistada por un "centinela" en la entrada. Deciden huir. Agatha le dice a Apolonia —que a causa de su cojera no podía correr— que se esconda en un hueco y salga solo cuando sea seguro, ordenándole ir directamente a casa. Y así se hizo.

Los demás jóvenes, incluida Agatha, empezaron a correr por los túneles para salir a la ciudad. Agatha aconsejó que se separaran para dispersar las huellas, convencidos de no haber sido vistos. Corrieron a toda prisa, pero en cierto punto los muchachos no pudieron mantener el ritmo y, sintiéndose observados, se dirigieron al pretorio para entregarse. Sin embargo, no revelaron ser cristianos; dijeron simplemente haber estado en las catacumbas por curiosidad. Fueron liberados sin más complicaciones.

Agatha, en cambio, siguió corriendo hasta que se topó con un guardia que, amenazante, le cortó el paso. Podría haber mencionado su noble linaje y seguramente la habrían dejado en paz, pero Agatha detestaba los favoritismos. Al callar su origen, despertó las sospechas del guardia, que la condujo al pretorio. Él no tenía clara la razón por la que ella corría, pero el solo hecho de que lo hiciera le hizo temer que ocultara algo. Agatha, astuta como era, sabía perfectamente que el soldado no sabía nada. Al llegar al pretorio, no mencionó su estancia en las catacumbas —tampoco se lo preguntaron— y cuando le inquirieron por el motivo de su huida, respondió con una excusa genérica, logrando persuadir al pretor.

En cuanto fue liberada, regresó a casa para asegurarse del estado de Apolonia. Pero aunque Agatha estaba convencida de que todo había salido bien, no podía saber que fue en aquella fugaz ocasión cuando Quinciano reparó por primera vez en su belleza.

---

## **9. Parientes serpientes**

Agatha y Apolonia se encuentran en la casa de San Giovanni Galermo cuando oyen llamar a la puerta: es un mensajero de su madre. Viene a comunicar que la tía materna está moribunda y ha pedido verla por última vez. Con sorpresa, Agatha exclama: —Nunca se fijó en mí cuando era una niña... quién sabe qué motivo la empuja a querer verme ahora. Apenas me conoce.

La tía vivía en la zona que hoy llamamos Misterbianco; a unos cinco kilómetros de donde estaba Agatha y a diez de Catania. El mensajero comunicó que la madre había puesto a disposición un caballo, pero Agatha se negó: —Gracias, iremos a pie; haremos un poco de

penitencia... Apolonia la miró con cierto disgusto; su cojera hacía de la caminata un suplicio, pero Agatha la tranquilizó: —Nos defendremos todas las veces que quieras. Agatha despidió al mensajero con una propina: "Dale un beso al niño de mi parte, Carlo". Y las dos amigas se pusieron en camino.

Mientras caminaban, Apolonia quiso saber más. —Es la hermana de mi madre —respondió Agatha—, pero siempre ha vivido aquí. No tengo prácticamente ninguna relación con ella; la última vez que la vi tenía siete años. Es extraño que ahora yo esté más cerca de ella que mi propia madre, pero me pregunto qué hay detrás de estas ganas de verme. —¿No tiene hijos ni marido? —preguntó Apolonia. —Marido no, pero tiene una hija que la cuida.

Al llegar, se encontraron ante una casa baja, típica de las zonas antiguas de Catania. Agatha tocó la campanilla, pero nadie respondió. Tocó de nuevo, más fuerte... Nada. Lanzó una mirada cómplice a Apolonia, trepó por el muro aprovechando un agujero y una cornisa, y miró por la ventana. —¡He ahí la noble doncella! —rio Apolonia. Agatha sonrió desde arriba: —Mírame, Proserpina: ¿te parece que puedo pasar por una dama de la nobleza? En efecto, con la ropa humilde, el sudor, el polvo del camino y el pelo desaliñado, parecía más una fugitiva que una noble. Agatha vio movimiento dentro y golpeó el cristal. Finalmente la vieron. Saltó al suelo y, con el aire más inocente del mundo, exclamó: "Están en casa".

Las recibió una joven de aspecto afligido que abrazó a Agatha como si fuera su salvavidas, ignorando completamente a Apolonia al ver su condición de sierva. —Prima mía, gracias por venir —dijo la joven—. Mi madre ha querido verte. Pasa momentos de consciencia e inconsciencia... Tengo mucho miedo. —No desesperes —la consoló Agatha. —Perdona, ni siquiera os he dado hospitalidad. ¿Qué necesitáis? —*Necesitamos* lavarnos un poco la cara... —recalcó Agatha. —Oh, sí, allí hay una jarra de agua para ti, mientras que para ella... —Gracias, la jarra irá perfectamente —la interrumpió Agatha, cortante. Apolonia reprimió una risita ante la firmeza de su amiga.

Después de refrescarse, la prima pidió a Agatha que entrara a la habitación de la madre. Agatha se encaminó, y Apolonia hizo ademán de seguirla, pero la prima la detuvo con un gesto brusco. Agatha se sentó junto a la tía, pero al volverse y no ver a Apolonia, entendió lo sucedido. —¿Puedes llamar a Apolonia, por favor? —dijo a su prima. —Agatha, es una esclava... ¡Las esclavas no pueden entrar aquí! Agatha se puso en pie de un salto, la miró fijamente y repitió, calmada pero grave: —He dicho... ¿puedes llamar a Apolonia, por favor? —No puedes decidir qué hacer en MI casa, prima.

Agatha la apartó, salió y volvió a entrar llevando a Apolonia de la mano. Se plantó frente a su prima y la miró a los ojos: —Te pedí un favor y preferiste aplicar la ley humana. Rechazaste una petición simple alegando que no tenía derecho. Usaste la ley contra el corazón. YO soy Agatha, hija de Rao y de Apolla. Soy tres años mayor que tú, y mi madre es cinco años mayor que la tuya. Esta casa que llamas "TUYA" fue la morada de mi padre antes de que tú nacieras. Si hay alguien que no tiene derecho a dictarme qué hacer aquí dentro, eres tú. Su tono no era nervioso, sino firme como la roca. Apolonia entendió por qué la llamaban "viento impetuoso". Agatha era buena, pero "buena" no significa estúpida. La prima enmudeció y balbuceó: "Eran

sus últimas voluntades, yo nunca te habría llamado", revelando su hipocresía. —Has respetado las últimas voluntades de una moribunda; DIOS te dará gloria por ello —respondió Agatha, y le cerró la puerta en la cara.

A solas con Apolonia y la moribunda, Apolonia susurró: —¿Por qué te has enfadado por mi culpa? Es verdad, solo soy una esclava. —Es correcto según la ley: eres una esclava. Y es verdad que según la ley yo soy la prima mayor —zanjó Agatha.

Tomó la mano de su tía, que abrió los ojos al sentir el contacto. —Agatha... cuánto he deseado verte... pido perdón por mi desinterés hacia ti y tu familia. —No te fatigues. —Anoche soñé con un hombre... Me dijo que llamara a Agatha, que tú me ayudarías a encontrar la paz. Tengo miedo de la muerte. —¿Mi padre? —preguntó Agatha, conmovida. —No, hija, no era un romano... —¿Un galileo? —No conozco a ningún galileo... —Tú no lo conoces, pero él te conoce a ti. —Tengo miedo de morir... —Si crees en Jesús de Nazaret, tendrás vida eterna. La tía susurró un "creo" y perdió el conocimiento.

—Recemos —dijo Agatha a Apolonia. Pero la puerta se abrió de golpe. La prima entró furiosa: —¡Ya basta de tu arrogancia! —Calla y reza —ordenó Agatha. —Yo no rezo a un Dios derrotado y muerto en una cruz. Agatha se levantó, invadida por una ira santa: —No pongas a prueba mi paciencia pisoteando el nombre de DIOS. Si no quieres rezar, no lo hagas, pero ten cuidado: ultrajar a DIOS te costará caro. Parecía Zeus lanzando un rayo. La prima calló.

Agatha volvió junto a su tía, impuso las manos e invitó a las otras dos a hacer lo mismo. Oró con solemnidad, pidiendo la sanación para glorificar el nombre de Jesús. Al terminar, no hubo cambios. La tía seguía inconsciente. —¡Ha matado a mi madre! ¡Estúpida! ¡Asesina! ¡Tú y tu DIOS por el cual te odian y desean tu muerte! —gritó la prima. Apolonia palideció. Ese "te odian" confirmaba que la propia familia deseaba el mal de Agatha. Pero Agatha no se movió: —Nadie matará mi alma. Seguiré rezando. Si te molesta, llama a los soldados. Yo los esperaré.

De repente, la tía se movió. —¡Estoy curada... gracias a DIOS... gracias! Agatha la abrazó: "El alma mía engrandece al Señor...". La prima quedó estupefacta. "Iré a hacer holocausto a los dioses", dijo. —No a los dioses, a Jesús —corrigió la madre. Agatha decidió irse esa misma tarde. —Prefiero reposar la cabeza sobre una piedra que en una cama enemiga de DIOS —dijo a Apolonia al salir.

Camaron hasta la noche y encontraron refugio en una casa humilde. Un hombre pobre pero generoso las acogió. Al despedirse, el hombre dijo avergonzado: —Mi única riqueza es esta: "Que DIOS os bendiga". Agatha se conmovió: —Cuando se posee la bendición de DIOS, se es rico de todo. No pedimos nada más.

---

## 10. ¿Qué es la libertad?

Agatha y Apolonia caminan por un campo de trigo en San Giovanni Galermo. —¿Qué harás cuando hayas obtenido la libertad? —pregunta Agatha. Apolonia se encoge de hombros: —Siempre he deseado ser libre, pero no a un precio tan alto. —La libertad siempre tiene un precio alto, Proserpina. —Creo que tú pagarás un precio más alto que el mío. —No existen precios más altos, cada uno tiene el suyo —la interrumpe Agatha—. La pregunta es: ¿cuánto estás dispuesta a pagar? Cuanta más libertad quieras, más alto será el precio. —¿En esta vida o en la otra? —No hay diferencia. Es un continuo. Si tu alma es esclava aquí, lo será siempre. —¿Si soy esclava aquí, lo seré allí? —Tú eres esclava ante la ley civil, pero tu alma vuela libre. Quinciano es libre ante la ley, pero su alma es esclava de tantas cosas que ante Dios es un prisionero. —Quizá solo necesita a alguien que lo libere... —No. Jesús nos dio la llave, pero solo nosotros podemos decidir usarla. Tú lo has hecho; él no.

Se detienen en un promontorio con vistas al mar y a Catania. —No quiero dejar todo esto, no quiero dejaros a ti y a Costantino, ni a mamá ni a Fides. Pero si esto me ata, digo: "¡Vete, Satanás!". Dios me hizo libre e iré donde Él quiera. Esa es mi libertad: estar unida a todo sin atarme a nada. Se vuelve hacia Apolonia: —Tampoco tú debes estar atada a nada ni a nadie. —Estoy atada a ti. Agatha le pone las manos en los hombros: —No estás atada, estás *unida* a mí. Cuando ya no esté, te darás cuenta. Enseñarás la libertad, y quien quiera aprenderla la conocerá a través de los siglos.

---

## 11. La oración en la noche

Es de noche. Un candil de aceite ilumina la mesa. Agatha lee las bienaventuranzas lentamente, como si masticara cada palabra. Apolonia escucha hipnotizada. Luego recitan el Padrenuestro, con largas pausas de silencio. Agatha cita a Isaías: "Fue traspasado por nuestros delitos...". Y luego guarda silencio. —Oh, Jesús, ¿qué podíamos dar a cambio de nuestras almas? Tu sangre preciosa...

Rezan por la humanidad, por los difuntos, por los enemigos, por la familia. Piden perdón por sus propios pecados, repasando mentalmente el día. Agatha termina con el *Magnificat*, recitado con una alegría suave y profunda. —Sea siempre engrandecido y bendito el nombre del Señor. —Ahora y siempre por los siglos —responde Apolonia.

De repente, Agatha estrecha la cabeza de Apolonia contra su pecho: —Todo lo que DIOS nos concede es gracia; nada es debido... ni siquiera el tiempo. Apolonia asiente. —No digas nunca "Dios me ha quitado esto", porque nada es tuyo. Dios estará siempre a tu lado. No confíes en los hombres, son engañosos. Confía en Dios. Aprende a decir "no" a los hombres; quien no sabe decir "no", tampoco sabe decir "sí". Pero di siempre "sí" a Dios. Agatha se levanta, se lava la cara con agua de la jofaina y dice: —Que la gracia de Dios lave nuestras almas como esta agua lava nuestros rostros. Cada una tiene su camino, pero todos llevan al castillo de Dios. Nos reuniremos allí. Los cuerpos son solo vestidos; las almas no se separan nunca. Abraza a Apolonia una vez más. —Fíate. No de mí, que soy una sierva, sino del Maestro.

## 12. Agatha y "Santaita"

Mientras Agatha está absorta en la escritura, Apolonia se acerca con cautela y pregunta: —¿Qué estás escribiendo? Alzando el rostro, Agatha sonríe y responde: —¿Recuerdas el sueño que tuve hace dos noches? —¿Aquel en el que estabas en medio de una multitud que gritaba, vestida de blanco, y tiraban de un carro? Recuerdo que me dijiste que te encontrabas entre un gentío enorme que hacía ruido, y caminando entre ellos viste también unas enormes estructuras iluminadas portadas por la gente. Tú estabas entre dos filas de hombres que arrastraban un carro mediante unas enormes cuerdas, con una figura de rasgos femeninos encima y, además de dicha figura, había otra gente que entendiste que eran notables, quizá también religiosos. Y recuerdo que estabas muy conmovida, por no decir asustada.

—Exactamente... he recordado algunas palabras que grita la gente vestida de blanco: "Ciudadanos, viva Santaita". ¿Me ayudas a interpretarlas? —Considerando que el sueño parecía situado en el futuro, podría ser una lengua que no es la nuestra... —Sí, Proserpina, tienes razón. Pero tiene un sonido familiar, creo que podemos comprenderlas. Apolonia se pone cerca de su amiga y dice: —Ciudadanos... Ciudadanos... uhm veamos... no se me ocurre nada... no lo sé, ¿*civis*? ¿*Civitas*? Probablemente, aunque no reconocieras el lugar, aquella era siempre Catania. —Es probable —asiente Agatha. —Viva... me recuerda mucho a *est Vivas* o *Vivas est*. Agatha asiente nuevamente: —¿Santaita? —Eh, no lo sé, no se me ocurre nada... Santaita... ¿la multitud estaba allí por ti? ¿Lo sabes? —Estaba allí por mí... aunque parecían no notarme, todos estaban absortos venerando a la figura sobre el carro. —Entonces Santaita eres tú, representada por esa figura en el carro. —¿Yo? Yo me llamo Agatha. —Claro, Agatha, lo sé, pero estamos hablando de una lengua diferente, en una época diferente, quizás es algo afectuoso... Santaita, no lo sé... no sabría decirte su significado exacto.

Agatha repite en voz baja: —Santaita... Santaita... Irrumpe de improviso Apolonia: —¡Aita... se parece a Agatha, es tu nombre! —¿Aita? ¿A Agatha en el futuro le dirán Aita? —exclamó Agatha con cara de asombro. —Sí, ¿te parece imposible? Habría que entender el significado de Santaita, pero puedo suponer que sea algo cercano a la palabra *Sancta*. —¿*Sancta* Aita? Pero Santo es solo DIOS. —Y todos aquellos que están con Él; este pueblo gritaba tu cercanía con DIOS y tu estar Viva con Él. —Si es así no es algo malo, ¿por qué me asusté? —Quizás porque tú no amas el bullicio, el ruido, no amas la multitud, amas estar en paz con la naturaleza. Quizás porque veías que los labios y el corazón no estaban coordinados, o quizás porque me dijiste que aquella figura estaba llena de joyas y alhajas y tú, en cambio, amas vestir sencilla. Quizás simplemente te sentías desorientada... Aita.

Agatha hizo una mueca, aunque había entendido la ironía de su amiga al llamarla precisamente "Aita" como en el sueño. Tornándose casi de inmediato a la seriedad, Agatha se dirigió nuevamente a su amiga: —No me gusta la idea de que la gente pueda señalar un carro con una imagen de rasgos humanos y decir que esa soy yo, ni que está viva, ni que es santa. Fue Apolonia esta vez quien hizo razonar a Agatha: —¿Recuerdas? Cuando me contaste el sueño asustada, ¿qué te dije? Te dije que miraras los ojos de la gente. ¿Cuánta gente miraba al cielo o incluso a esa estatua que dices tú, buscando tus ojos? Esa gente, no todos quizá, pero esa gente a través de ti creará todavía en lo eterno; es a ellos a quienes debes mirar, Agatha.

—Santaita... —repite Agatha mientras rompe a llorar. —¿Por qué lloras, amiga mía? —Soy buscada, tarde o temprano me atraparán y harán de mí lo que quieran, y sin embargo el Señor me ha mostrado que todo esto no será en vano para algunos, pero lo será para otros. El Señor me ha mostrado las muchas luces y las muchas sombras, esto me asusta, esto me da también fuerza. Quién SOY YO no lo sé, quién SERÉ para esta gente tampoco lo sé, pero sé solo que el Señor tiene un camino para mí y ese es su plan de perfección Divina. —¿Ves? Todo tiene sentido ahora. —Y sin embargo, desearía que esa gente, cuando se dirija a la estatua, no se detuviera en ella y viera a la mujer que hay dentro; no entenderán mi corazón si no aprenden a conocerme en DIOS. Desearía que esa gente intentara cerrar los ojos y escuchar el viento, que no se limitara a llamarme "Santaita", que de vez en cuando se acordara de Agatha, porque si estoy viva como dicen ellos, debo estarlo por esto. Desearía que esa gente mirase dentro de sí misma y no a todo lo que hay alrededor excepto allí. —¿Piensas que esto no puede suceder? —Santaita o Agatha no es diferente de ellos, tú me conoces y lo sabes, conoces mis lágrimas, mis sonrisas, mis alegrías, mis amores, mis deseos, mis miedos, mis pasiones. Santaita estaba allí sobre el carro, pero Agatha estaba entre la multitud y era yo; he aquí, yo desearía que no miraran demasiado el carro, sino a la multitud misma, porque Agatha está con cada uno de ellos, al menos esto es lo que he entendido yo. —Pienso que es un razonamiento justo, Agatha, y pienso que el Señor sabe lo que hace... —Estoy convencida de ello también yo... El Señor conoce el fruto de sus obras. Gracias, Padre.

---

### 13. Agatha y Apolonia: discurso de fe

Agatha y su querida amiga Apolonia se encontraban en la morada de San Giovanni Galermo. Agatha llevaba su habitual vestido verde oscuro de sierva; sus cabellos castaños, ondulados, caían sueltos sobre los hombros. Su complexión sinuosa y el rostro de mirada vivaz la hacían inmediatamente reconocible. Por otro lado, Apolonia, o "Proserpina" como afectuosamente la llamaba Agatha, destacaba por su estatura esbelta y su delgadez. Sus cabellos negros y lisos resbalaban a lo largo de la espalda, mientras que su rostro, de óvalo "griego", añadía una nota de gracia a su figura. La tez oscura de Apolonia se distinguía claramente de la piel clara de Agatha (por la cual se había ganado el apodo de Costantino de "Blanquita").

Agatha sostiene el brazalete entre los dedos, observándolo atentamente mientras susurra: —Este era de mi padre... Su expresión transmite una mezcla de alegría y nostalgia; luego deposita la joya con un gesto afectuoso, como si quisiera compartir un secreto. Con un tono melancólico, Agatha se dirige a Apolonia: —Comprendo tu dolor, querida amiga. Apenas has sabido que los soldados casi nos estaban alcanzando... Y, sin embargo, esto no hace más que confirmar lo que siempre te he predicho... Y si he previsto el dolor, ¿por qué debería ser diferente en la alegría?

Con la misma sonrisa melancólica prosigue: —¿Recuerdas? Mi padre me llevaba a donde yo quisiera, a los campos donde trabajaban sus obreros, y miraba a la gente trabajar la tierra y aprendía; me llevaba a caballo... a mí me gusta aprender y vivirlo todo, conocer... Luego vuelve su mirada hacia lo alto: —Soy muy feliz de poder decir que sé hacer oficios de hombre, pero

también de mujer... de hecho, este vestido me lo he hecho yo... es hermoso poder decir "esto me lo he hecho yo misma". No entiendo cómo pueden ser felices aquellos que no hacen nada, y quieren tenerlo todo hecho por los demás. ¿Te acuerdas cuando en la cocina nosotras cocinábamos con los siervos? Una vez mi padre me llevó incluso en sus embarcaciones a pescar... no me negaba nada. Mi tío, en cambio, me dice que "no son cosas apropiadas para una Señora". Quién sabe qué dirá de su "señora" cuando esté delante de Quinciano, ojalá le sirviera para entender que SUS dioses son ídolos de falsedad.

Apolonia la observaba como quien quiere decir muchas cosas y no sabe por dónde empezar...

Es de nuevo Agatha quien tiene la tarea de "leerle el corazón" y anticipar sus palabras:

—Hermana mía, en estos años te he llevado conmigo a todas partes, a evangelizar, a ayudar a los pobres, a preparar las celebraciones, te he llevado entre los enfermos, a curar y a construir... no nos hemos ahorrado nada... dime, ¿por qué lo has hecho? Apolonia responde:

—Porque servir es alegría... Agatha la mira con su mirada astuta y profunda y dice: —¿Lo dices por ti misma? —y sonrío. —Agatha, tú sabes que nunca habría hecho algo en lo que no creo... tú sabes... —Y entonces no dudes... mírame, ¿piensas que me he entregado a "nadie"? No, Proserpina, no, debes tener fe... la fe es la piedra sobre la que se funda la iglesia y las puertas del infierno no pueden prevalecer sobre la fe... es una roca indestructible.

La expresión de Agatha ahora es serena, como de quien ha encontrado la paz después de un largo sufrimiento; sí, ¡ahora Agatha está lista! —Pídesela a Jesús... oh, la fe es la cosa más importante... dondequiera que Jesús realiza un milagro dice "Vete, tu fe te ha salvado" o bien "hágase según tu fe". Es la fe la que salva... ¿piensas que Jesús no quiere dártela? Pídelo...

Apolonia: —¿Cómo haré para acordarme de todo esto cuando no estés tú para repetirlo?

Agatha: —Pero tú sabes que yo estaré siempre, desde el cielo velaré por ti, la muerte del cuerpo no hará que dejes de ser mi hermanita.

Luego toma un trozo de pan y continúa: —¿Recuerdas? La primera vez que viste la celebración litúrgica me dijiste: ¿cómo puede DIOS convertirse en pan? Pero si tú te nutres de DIOS, podrás creer que nada le es imposible. —A veces me es difícil... Agatha... es muy difícil. Agatha se cubre el rostro con sus cabellos; los largos mechones se lo ocultan mientras dice:

—Obsérvame... ¿qué logras ver? Apolonia rompe a reír: —¿Querrías asustarme como hacías cuando éramos pequeñas? Agatha sonrío como respuesta: —En la sonrisa de los niños se ocultan las profundas verdades divinas, entonces dime, ¿qué logras vislumbrar? Apolonia responde: —Veo solo el pelo... largo y hermoso... —¿No ves mi rostro? —pregunta Agatha. —Sinceramente, poquísimos... logro distinguir algo... —responde Apolonia.

Agatha aparta el cabello hacia un lado y con una expresión pícaro dice: —Cuanto más reflexionas... más cabellos añades que te impiden ver el rostro de Dios... tal como ahora no logras ver mi rostro... querida amiga, ¿cómo puedes seguir pensando sin pausa? Elimina el pensamiento, ya que con el pensamiento no se alcanza a Dios... pues el pensamiento es humano y por tanto limitado, pequeño e insignificante... puedes acercarte a Él solo con el alma... a través de la oración... no es la filosofía la que te conduce a Dios... es la oración. Echa los cabellos hacia atrás con una sonrisa y dice: —Aleja los pensamientos y las tentaciones. De este modo no tendrás dudas.

Apolonia, que había tomado un aspecto alegre, recordando con nostalgia el jueguito que la transportaba a tiempos más serenos, le dice: —Sí, pero Agatha querida, tú de todos modos ya no estarás. Agatha sonríe de nuevo, toma otra vez el brazalete del padre y dice mirándola con una mirada profundísima: —Amiga mía, ¿piensas que mi padre "ya no es"? Apolonia, visiblemente avergonzada, dice: —Sí... él está con Jesús... Responde más por automatismo que por convicción. Agatha, sin embargo, finge no captarlo y dice: —¿Y Jesús dónde está? Apolonia: —En los cielos. Agatha ríe, y ríe con ganas: —¿Solamente? Se está en los cielos. ¡Oh, pobre de mí! Apolonia la mira confundida y dice: —¿Qué pasa? Agatha la mira de nuevo y, muy seria, dice: —Jesús está aquí ahora, DIOS está en todas partes no simbólicamente sino REALMENTE, y donde está ÉL están aquellos que están con ÉL... no creas solo lo que tus ojos ven.

Le dice todavía cerrándole los ojos con los dedos: —Dime, ¿ahora me ves? Y, sin embargo, estoy todavía aquí... no, no creas solo en lo que ves, porque tus ojos son de carne, pero el alma es otra cosa. Ya te he dicho que mi corazón dejará de latir, y mis carnes se volverán frías y duras, pero yo seguiré estando, porque DIOS es el DIOS de los vivos, no de los muertos. Cuando Agatha se refiere a DIOS, su tono es constantemente serio; cada risa desaparece y cuando "predica", su rostro se transforma y su expresión se transfigura, se vuelve tan seria como luminosa. Con esta seriedad adquirida continúa su prédica: —¿Cuánto durarán el cielo y la tierra? ¿Y qué será en el futuro? ¿Qué experimentarán los hombres? ¿Nuevos instrumentos? ¿Y modos de bailar? ¿Nuevas alabanzas y oraciones? ¿Nuevos carros para moverse? DIOS ve todo, y yo estaré siempre allá con ÉL... y también tú... eternamente. Continúa fijando la mirada en el brazalete del padre: —Y cuando esto ya no sea... de todos modos nosotros seremos... y seguiremos siendo.

Oírla hablar de verdad llena el corazón y eleva a Dios: —¿Qué es el futuro y el pasado? Dios no muda, no cambia... debes tener fe, amiga mía, porque si tienes a DIOS lo tienes todo, y no tienes miedo del futuro, ni del presente, y el pasado no te toca, te vuelves inmutable como ÉL... ¿y los lutos? Sí, te hacen sufrir, tú sabes cuánto he llorado por mi padre... pero la lejanía de la carne... no quiere decir que las almas lo estén... y si el cuerpo de mi padre yace en los sepulcros, su alma me está cerca y lo estará aún más en la prueba... en DIOS estamos todos cerca, eternos e inmutables... debes tener fe, si Jesús no hubiera venido tú no habrías tenido modo de creerlo. Pero ÉL lo ha dicho, y lo ha demostrado... y tú debes creer... yo creo.

Apolonia comprende y responde: —¿Me prometes entonces que vendrás a visitarme? ¿Y me ayudarás a acrecentar la fe? Agatha: —Te prometo que rezo por ti, por tu bien espiritual, y haré todo lo que DIOS quiere que yo haga. Apolonia susurra casi mordiéndose la lengua, arrepentida de haberlo dicho: —Tengo miedo. Agatha capta ese susurro y dice: —Amiga, yo tengo miedo también... ¿cuándo tendré que gritar? ¿Gemir? ¿Sufrir? ¿Y si huyera ante los lobos? ¿Y si renegara de Jesús? ¿Quién me perdonaría? Si Dios lo hiciera, yo no podría... yo tengo miedo, soy de carne, ¿piensas que me da alegría saber que tengo que sufrir como sufren los cristianos? Humanamente no, pero en DIOS me gozo... ÉL vive en mí... y yo muero en ÉL... me da alegría esto... al final diré con Jesús a Jesús... todo se ha cumplido... y ahora deja que tu sierva venga a ti... a descansar en tus brazos. Sonríe: —Descansar en DIOS, pero ni que fuera a estarme quieta yo... oh, ten fe... verás... verás... el paraíso es para los laboriosos. Sonríe:

—Ten fe, solo esto te pido... ten fe y reza por mí, sostenme en la prueba con tus oraciones... no lo olvidaré... verás si en el cielo no existe la gratitud... oh, verás amiga mía... Y la abraza en un gesto de amor afectuoso diciéndole una vez más: —Ten fe y verás.

---

## 15. La curación milagrosa

Este episodio se desarrolla en San Giovanni Galermo; el ambiente circundante a la finca de Agatha es de campo con algunas casas pequeñas y una hacienda; dentro de la casa está Agatha. El periodo es aquel en el que Agatha se escondió de las furiosas búsquedas de Quinciano. Agatha estaba absorta en sus pensamientos cuando el llanto de un niño la sacudió; pedía ayuda. Agatha, levantándose y saliendo fuera, instintivamente notó que el niño estaba justo delante de la puerta. Siempre instintivamente, Agatha se lo puso en brazos —de nuevo una imagen materna de Agatha—, llevándolo dentro de casa; le dio un trozo de pan que se encontraba al alcance de la mano, y finalmente preguntó: —Niño, ¿dónde está tu madre? El niño respondió que estaba enferma. Agatha dijo: —Condúceme a ella.

Fue todavía con el niño en brazos a casa de la mamá. La mujer, tumbada en la cama, parecía moribunda. Agatha posó al niño en el suelo, tomó las manos de la mujer, que no tenía ni siquiera la fuerza para hablar, posó sus dedos sobre los labios de la mujer, y vio que estaban secos; mojó sus labios con un poco de tela, mientras el niño observaba curioso. Al ver a Agatha, parecía que fuera una doctora de oficio; en cambio, hacía todo lo que el espíritu le inspiraba momento a momento. No podía ciertamente imaginar que entre sus patronazgos un día tendría también el de los enfermeros.

Agatha vio que en la casa había muchas estatuas de los dioses; es claro que aquella mujer no era cristiana. Inspirada así, dijo: —Oh, mujer, que gimes bajo el peso de la enfermedad, he venido a traerte un alegre anuncio: Cristo nos ha salvado con su sufrimiento. La mujer le dio una breve mirada, una mezcla entre la curiosidad y la compasión. Agatha tomó su mano y dijo: —Existe un solo nombre en el cual todos los hombres son salvados: Jesús. Dijo aquel nombre con una dulzura extraordinaria; la mujer había modificado su mirada, ahora parecía atenta a escuchar, y Agatha no se hizo esperar: —Quien cree en Él, no muere y tiene la vida eterna; cree en esto y Él será tu salvador. La mujer asintió. Agatha tomó otro poco de agua y se la dio empapada en el pañuelo habitual. La mujer entornó los ojos y dijo con voz apenas audible: —Oh, joven mujer, que te has dignado a socorrerme, te ruego, no abandones a mi hijo cuando me haya ido. Agatha dijo: —Tú misma criarás a tu hijo. ¿Crees tú que Jesús es el único salvador? Y ella dijo: —Sí. Y Agatha: —Recemos juntas. De los labios de Agatha brotó una oración que la mujer seguía: —Oh Jesús, nuestro salvador, que aquí en la tierra te dignaste dar a conocer tu misericordia a la gente, curando a los enfermos y vistiendo a los desnudos, te ruego si esta es tu voluntad que cures a esta mujer, y le hagas conocer la potencia de tu amor, para que ella te pueda rendir alabanza, como único Señor.

La mujer miró a Agatha, verdaderamente luminosa en el rostro, y apenas dijo su "amén" se sintió revigorizada; se sentó en la cama, luego abrazó a Agatha y a su hijo. Agatha, feliz, dijo:

—Demos gracias a DIOS. Permanecieron ambas en oración de rodillas; en adoración alababan y daban gracias a DIOS con el propósito por parte de la mujer de abandonar la fe pagana para convertirse totalmente al Cristianismo.

---

## 16. El testamento de Agatha

Es todavía el periodo del ocultamiento en San Giovanni Galermo. Agatha está muy demacrada, ha perdido un poco de las bellas mejillas adolescentes y también el cuello es más delgado; incluso físicamente había cambiado, mucho más delgada, había perdido las redondeces juveniles. Agatha, que alta no había sido nunca, había tenido el rostro regordete y el físico suave, que sin embargo ahora había perdido. Y es normal que sea así dado que ha vivido un año intenso de ayuno y de oración, tal vez para prepararse a lo que sabía interiormente que sería su destino y que era solo "cuestión de tiempo", y tal vez porque a los 20 años se convertiría oficialmente en una "diaconisa", tarea que nunca llegó a ocupar en veste oficial, dado que murió en febrero, algunos meses antes de su vigésimo cumpleaños que habría llegado en septiembre.

Está vestida con su habitual traje oscuro sencillo, parece ella la esclava, no Apolonia, pero tiene siempre los movimientos muy imponentes y agraciados; el aire es muy serio, y melancólico, sabe a adiós. Agatha hurga entre sus vestidos y toma una bolsita, se la da a Apolonia y dice: —Ten, esto es para ti... —¿Qué es? —Dinero. Cuando yo ya no esté, se lo darás a mi madre y comprarás tu libertad. No quiero saberte más esclava. Quiero saberte libre y feliz con tu familia. —No veo por qué tú no debas estar más; aquí estás a salvo y además... tu familia eludiría la ley, y Quinciano no podrá hacerte nada... ¡y además sabes que no aceptaré nunca dinero de ti, Agatha! —Tú sabes que no me importa el dinero —dice Agatha—, pero en el mundo hay leyes y no hay que causar escándalo. Hasta ahora has sido mi hermana y amiga, y lo serás eternamente, pero quiero saberte libre. Solo te pido que te quedes junto a mi madre mientras el Señor le dé nuevos días; ella es vieja, y mi padre no está desde hace años... confórtala.

Apolonia tiene la mirada seria de quien no quiere oír una verdad muy escalofriante o no quiere creerla, pero sabe que debe creerla, porque la persona que tiene delante no es tipo de disparar palabras al azar; trata de contener entonces el llanto con todas sus fuerzas... —Apolonia, amiga mía, mi destino yo lo conozco, lo conocía ya cuando me consagré a DIOS, y he tenido confirmación cuando Quinciano se interesó por mí —dice Agatha, leyéndole el corazón, como solo los verdaderos amigos saben hacer. —Pero tú no temas... —le toma las manos—. Mírame, tócame... cuando estas manos estén quietas —le pone las manos sobre el seno—... y este corazón deje de latir —y le hace sentir la respiración—, mi alma te estará todavía más cerca que ahora, de manera más grande, en DIOS, para Él no hay fronteras —le quita las manos del seno y se las pone en la boca—. Cree solo lo que te digo, amiga mía, como yo creo a Jesús, que me da fuerza.

Un instante de silencio... Apolonia con voz rota y en voz baja dice: —No hace falta que tú me des dinero, tu madre me daría ciertamente la libertad si se la pidiera, me quiere como a una... Agatha completa: —Hija, sí, lo sé, es lo que quiero que tú seas cuando yo no esté. Pero te doy el dinero no por ella, sino por mis parientes. Mi madre no está sola, el hermano de mi padre manda, lo sabes, no quiero causar escándalo y nadie debe impugnar tu libertad... te lo he dicho, quiero saberte libre, y tú lo sabes, no hago nunca nada a medias... y además, adonde voy yo estos no sirven. Y sonrío... es una sonrisa contagiosa la de Agatha, que bromea siempre sobre todo excepto sobre DIOS, que logra reír incluso en situaciones dramáticas; es su fuerza, es su especialidad reírse de todo. —Me estás dando un enorme peso, Agatha. —Oh no, aunque deberíamos decir al emperador que use una aleación más ligera —sonríe de nuevo. —El peso está en el alma, Agatha —precisa Apolonia.

Le vuelve a tomar las manos, se las apoya de nuevo en el seno y dice: —El alma vibra alta hacia DIOS, nunca nada podrá detenerla si no es tu intelecto. No te detengas en razonamientos humanos, no creas en lo que será el mañana... el mañana es con DIOS, es ahora que comienza tu mañana. Nunca ningún peso será demasiado pesado si se lleva con Él, fíate... lo sé bien por experiencia yo, mi madre. Oh, mujer, mi tío se ha apoderado de todo, mi padre era todo para ella, y ella tiene todo en mí... ¿qué dirá mi madre? ¿Que DIOS le ha quitado todo? No, y quiero que tú se lo repitas, "Proserpina", dile que Dios le ha puesto sus afectos aún más cerca. Y si no puede abrazarnos con el cuerpo, que lo haga al menos con el alma. Proserpina, querría abrirte mi corazón, querría decirte mis miedos, mis incertidumbres, pero no quiero. Sola con Jesús. Sin que el enemigo se aproveche. Proserpina, reza por mí cuando esté en la prueba, yo tendré necesidad de esto. Será tu regalo más grande. Le pone las manos en la mejilla, por donde baja una lágrima. —No lloro por mí, yo no te dejaré nunca... ¿pero tú prometes no dejarme?

La mano de Apolonia va instintivamente entre los cabellos, muy ondulados, de Agatha. Y es precisamente ella quien retoma la palabra: —¿Recuerdas? ¿Cuando te hice el peinado de noble? ¿Y tú me dijiste que con todos esos nudos te dolía la cabeza? He aquí, DIOS es la misma cosa... quítate todos los nudos y los peinados elaborados... DIOS es simple, sé simple también tú. Apolonia lloraba silenciosamente. Agatha continúa: —Apolo, dicen los paganos, es el dios que trae el sol al cielo. De un nombre como el tuyo espero una sonrisa solar, que me caliente el alma, no el llanto que me hace ir al encuentro de las torturas, con la duda de que también tú dejes a DIOS y a mí... tengo necesidad... Le toma las manos con fuerza. —Tengo necesidad... tengo necesidad, amiga mía, tengo necesidad de tu fe, de tus oraciones... no me abandones tú.

Agatha se pone de rodillas: —No me abandones, sostenme con las oraciones, tendré solo esas. Apolonia la levanta... y Agatha se recupera, digna en su aspecto. —Cuando me consagré, soñé estar en la cruz junto a Jesús... cómo sufría... pero cómo gozaba, y cuanto más sufría más gozaba... Proserpina... te he apodado así porque la diosa Proserpina, cuando está lejos de Hades, hace brotar la primavera, y tú has sido en la tierra mi primavera... tengo necesidad de tus oraciones... incluso cuando no nos veamos más. Agatha no llora, ni siquiera antes lloraba, pero está sufriente en el rostro, como quien reprime... como quien debe consolar aun cuando tiene desesperadamente necesidad de consuelo, y a pesar de todo ello no le pesa.

Aunque querría desahogarse, sabe que eso sería un peso para "Proserpina". Es el destino de todos los santos, lo dijo San Francisco: "Haz que yo pueda consolar más que ser consolado"; y el mismo Jesús consolaba a sus discípulos después de la última cena... cuando era Él quien iba al encuentro de la cruz. Agatha necesita verla serena, porque debe asegurarse de que después ella no pierda la fe; es la única cosa que puede consolarla ahora... que la semilla de su sangre pueda crear cristianos verdaderos.

Proserpina repite despacio: —¿No nos veremos más? Y Agatha dice: —A los Cristianos se les niegan las visitas en la cárcel. Lo sabes... pero espiritualmente podemos estar cerca, hermanita... nunca te he pedido nada... tú lo sabes... ahora te pido esto... créeme. Retomó el dinero que había acabado en el suelo... lo levanta, se lo apoya en el pecho... la mira intensamente y dice: —No es tu precio... necesito saber, en la medida de lo posible, que tú... al menos tú, harás lo que yo te digo, el resto lo confío a DIOS... tómallo. Cuando yo ya no esté, se lo darás a mi madre, dirás que lo has reunido en estos años... también a ella. Comprarás tu libertad... te harás una vida... yo te estaré cerca siempre y tú estate cerca de mi madre... te lo ruego... no se rechazan las últimas voluntades de una moribunda... si son lícitas...

—Pero tú no mueres, Agatha. Agatha se detiene y sonrío... le brillan los ojos... —Tienes razón Proserpina, tienes razón, me espera la vida eterna, pero este corazón dejará de latir, y antes de hacerlo, antes de descansar a la espera de resucitar en el último día, quiere asegurarse de que su descanso sea tranquilo. Le apoya nuevamente la mano sobre el seno... y se la besa... le implora con los ojos y repite: —Ten fe... Se abrazaron

## 17. ¡Aquí estoy!

Agatha se encuentra arrodillada, con los ojos cerrados e hinchados por el llanto. Su aspecto habitualmente cuidado ha desaparecido, señal de la profundidad del dolor que está viviendo. Ha pasado toda la noche en oración, como si se encontrara en su propio "Getsemani". Ha elegido afrontar este momento sola, para no poner una carga sobre los hombros de nadie.

Sintiendo en su interior que el momento ha llegado, repite en voz baja: *"Señor, Tú que desde mi infancia me llamaste y a Ti he consagrado mi vida; me has sostenido en las batallas contra las tentaciones del mundo, que he huido como cosa abominable. Me has guiado a través de las pruebas y los desafíos, y ahora, mi dulce Esposo, te ruego que tiendas tu mano hacia tu devota hija. Ahora que la prueba comienza, te pido que sigas dándome tu fuerza y tu apoyo. Señor, guíame para que pueda cumplir siempre tu voluntad para tu gloria, sin importarme el juicio humano, sin miedos ni vanidades. Soy tu sierva, humilde y dedicada, tu esclava, lista para cumplir tu voluntad"*.

Un golpe resuena en la puerta y Apolonia se apresura a abrir. Ante ella se presentan los soldados, y ella con fingida inocencia pregunta: "¿Qué deseáis?" Una voz responde en tono formal: "Agatha Colonna, hija de Rao y Apolla".

Antes de que Apolonia pueda responder, Agatha aparece de improviso, pronunciando con fiereza y dignidad un simple: *"Eccomi"* (Aquí estoy). La mirada de Agatha es resuelta y radiante,

no presuntuosa pero con un sentido de profunda fuerza interior. Su "aquí estoy" no está dirigido a los soldados, sino más bien al Señor. En ese momento, su corazón está dirigido hacia Dios, pues solo con su apoyo podrá afrontar lo que sigue. El eco de su respuesta resuena como un tributo a su vínculo con lo Divino. —¿No conoces el edicto del emperador? Tú eres cristiana; o sacrificas a los dioses o deberás sufrir graves suplicios. Agatha repite una vez más: —Aquí estoy, estoy lista.

Los tres se marchan. Antes de salir, Agatha se vuelve hacia Apolonia, que ya está llorando. Se gira para almacenar en su memoria el rostro de su amiga, quizás por última vez, pero al volverse le dedica una sonrisa, una sonrisa que oscila entre lo irónico y lo burlón. Es un instante, el tiempo justo para arrancar una sonrisa también a Apolonia. ¿Quién se esperaría una sonrisa en ese momento? Al salir, se detuvo un instante para atarse las sandalias. Allí, como quiere la tradición, creció de inmediato un olivo, símbolo de paz.

---

## 18. Comienza la prueba

Agatha está atada a la columna, desnuda de cintura para arriba. Acaba de tener lugar el primer interrogatorio. Ella tiene la mirada fiera y un rostro bellissimo. Quien suda frío es Quinciano, que dice: —Te demostraré que tu salvación no está en Cristo; me implorarás que te salve de los atroces tormentos. Agatha no se digna a responderle; el silencio es más elocuente que cualquier respuesta. Es de nuevo Quinciano quien habla: —¿Hasta cuándo arrastrarás, oh infeliz, esta vana idea tuya? Renuncia a Cristo, comienza a adorar a los dioses y vela por tu juventud, evitando una muerte amarga.

Está claro que no querría torturarla, sino gozar de su cuerpo puro y hermoso. Pero Agatha ya ha decidido; sabe que conviene servir al Siervo y no al patrón, y repite con una seguridad increíble: —Niega tú a tus dioses, que son piedra y madera, y adora al verdadero Dios, tu Creador que te hizo; si lo desprecias, serás presa de severísimas penas y del fuego eterno.

Quinciano dio entonces la orden de que se comenzara a mover el potro. Un instrumento de tortura en el que unos engranajes movían las manos y las piernas para estirla cada vez más. Inicialmente fue movido un poco, lo suficiente para sentir algo de dolor. Quinciano, acercándose, dijo: —¿Cuándo te convencerás de adorar a los dioses? Agatha afirma con firmeza: —¿Y cuándo entenderás tú que quitarme la vida no te librerá del juicio eterno de DIOS?

Un gesto de la mano, otro giro del potro. Se empieza a sentir fuerte el dolor, Agatha gime y comienza a sudar. Otra exhortación por parte de Quinciano: —La salvación te espera... Agatha dice: —Sí, me espera en Cristo. Anhele alcanzarlo.

Quinciano ordenó otro giro de tormento, con el añadido de una nueva tortura: láminas afiladas debían arañar su cuerpo. Acompañado por el sonido siniestro del metal, el ruido del crujido de los huesos y sus gritos llenan el aire; una sinfonía de dolor causada tanto por las láminas como

por la tensión de las articulaciones. El dolor la atraviesa profundamente, haciéndola sangrar y sufrir de modo indescriptible. Viendo su sufrimiento, Quinciano ordena que se detengan con la esperanza de que ella pueda reconsiderar su decisión. Y repite una vez más su exhortación, quizá esperando esta vez una respuesta positiva: —Abandona esta idea de tu ánimo, así salvarás tu vida.

Agatha lo mira y dice: —Yo en estas penas siento tanta alegría como quien oye una buena noticia, o como quien ve a aquel que ha deseado por mucho tiempo, o como quien encuentra muchos tesoros. Así también yo, puesta en estos sufrimientos de poca duración, me gozo. De hecho, no puede el trigo ser conservado en el granero si antes su cáscara no es ásperamente triturada y reducida a pedazos: así mi alma no puede entrar en el paraíso del Señor con la palma del martirio si antes no haces que los verdugos dilaceren minuciosamente mi cuerpo.

Gime de dolor, pero su voz es segurísima. Quinciano está airado; ordena otro poco de giro y las habituales láminas. Agatha grita. Está tan estirada que respira con dificultad y, además, las láminas le han causado profundas heridas. Si Quinciano no hubiera detenido el potro, el cuerpo de Agatha se habría partido por la mitad. Pero decidió hacer la última prueba y, acercándose a ella, le dijo una vez más: —¿Anhelas todavía a tu DIOS que permite tanto sufrimiento...? Y ella dice: —El sufrimiento es la moneda con la cual me gano el paraíso. Yo soy suya, haz de mí lo que quieras... mejor morir despedazada por el verdadero DIOS que inclinarme ante un trozo de madera.

Quinciano hace un breve gesto con la mano, tal vez para acariciarla o tocarla, pero enseguida se detiene y dice: —Que le sean arrancados los senos.

Al oír esto, Agatha, mientras la están recolocando para la nueva tortura, grita con toda la voz que tiene en el cuerpo: —¡Impío, cruel y deshumano tirano! ¿No te avergüenzas de arrancar en una mujer aquello que tú mismo mamaste de tu madre? Pero yo tengo otros pechos intactos en lo íntimo de mi alma, con los cuales nutro todos mis sentidos, y desde la infancia los he consagrado a Cristo Señor.

No era el tipo de respuesta que esperaba Quinciano, que más bien esperaba una imploración de piedad, tanto más cuanto que Agatha le reprocha veladamente cuál era el verdadero motivo de su proceso: la pasión carnal. Quinciano, con un gesto de rabia, ordenó a los soldados que se dieran prisa. A cada movimiento Agatha gemía de dolor por las dislocaciones y las heridas. Los esbirros tomaron entonces unas tenazas y comenzaron a tirar de los senos mientras Agatha gritaba. Quinciano entonces, burlón, gritaba: —Veamos si tu Dios te salva los senos que le has donado. Agatha no respondía; sudor mezclado con sangre era su cuerpo y tenía voz solo para los gritos. Los soldados no se los amputaron de inmediato, sino que la hacían sufrir con violentos tirones.

Agatha lloraba y gemía. Quinciano, interpretando esos gemidos como una rendición, hizo detener a los verdugos. Acercándose a Agatha, dijo con voz calmada y artera: —Aún puedes salvarte. Agatha se giró hacia él, lo miró y dijo: —Mi salvación es Cristo. Podrías arrancarme los senos, amputarme piernas y brazos, incluso cortarme la lengua, pero mi alma continuará

latiendo por Él. Puedes matarme físicamente, pero mi fe permanecerá intacta. —¡Necia, impía, lenta e indigna del nombre de mujer! ¡ARRANCADLE LOS SENOS! Agatha respondió: —Si para ti ser dignos del nombre de mujer significa imitar a Venus o a Diana, entonces prefiero ser indigna a tus ojos pero digna a los de DIOS. ¿Son mis senos carnales lo que quieres? ¡Tómalos y para conservarlos bien, córtalos... porque junto a esta alma no los tendrás jamás! Yo me hago prisionera en Cristo y, en Él, mi alma no podrás poseerla nunca. Y ahora haz lo que quieras. Mi alma vive en Cristo, y Cristo en ella... y tú no eres el dueño, ¡ni lo serás jamás!

Agatha termina su frase y todos se quedan parados, aunque Quinciano había dado la orden; es como si Agatha hubiera bloqueado a todos, otro "rayo de Júpiter" como le habría dicho Apolonia en momentos más serenos. Es Agatha quien "desbloquea" a todos: —¿Qué esperáis, soldados? Vuestro gobernador os ha ordenado mis senos en una bandeja, ¿no queréis contentarlo? ¿No queréis satisfacer su ansia de poseerlos?

Estas palabras pesadísimas dirigen a Quinciano una acusación directa, desenmascarando el verdadero motivo carnal de aquel proceso. Los soldados entonces se adelantaron y con unas láminas de hilo de hierro finísimo comenzaron a triturarle la carne. Los gritos de Agatha, rotos por el llanto, eran inhumanos, y mientras gritaba: "*¡Mi corazón en el pecho palpita por ÉL, Él solo es la fuente de mi amor!*", añadía: "*¡Conviértete, rey de burla! El verdadero Rey observa tus acciones inicuas*". Luego un grito fuerte... el primer seno ha caído.

En ese momento la madre de Agatha, presente en el proceso, se desmaya y es sacada fuera por Apolonia. Desde ese momento no volverá a poner un pie allí; Apolonia se lo impedirá por temor a que su corazón no resista tal suplicio. Agatha, por tanto, no volverá a ver a su amiga dentro de la sala y, no sabiendo durante el proceso si la amiga había conservado la fe, se propuso sin embargo "no dudar nunca" en virtud de la vieja promesa hecha de niñas, y no dudó de la fe y la oración de su amiga Apolonia.

Mientras su madre salía, Agatha con voz más débil dice aún: —DIO, mi salvación... perdónalo... la concupiscencia mezclada con la lujuria... ciega en el pecado. Quinciano se acerca: —Aún puedes salvar el otro seno. Agatha lo mira: —Dentro de poco tendrás también ese, pero repito ante la presencia de la multitud: mi alma está intacta... y esa no la tendrás jamás.

Los soldados inician la tortura en el otro seno; recomienzan otros gritos mezclados con las palabras "Padre, piedad...". Palabras que Quinciano debe haber interpretado para sí mismo, tanto que hace detener a los verdugos con medio seno cortado y, acercándose a una Agatha jadeante con el pecho que le ardía entre las heridas, el sudor y el polvo, dice: —¿Has implorado piedad, por casualidad? Agatha recupera el aliento; cada respiración le da un dolor alucinante, pero debe respirar velozmente por la fatiga. Quinciano le levanta el rostro y repite: —¿Invocas, pues, piedad? Agatha lo mira y dice: —Que el verdadero DIOS, aquel que puede perdonar de verdad tus pecados, tenga piedad de ti. Quinciano hiere de rabia y grita: —¡Completad! Agatha entonces repite con las pocas fuerzas que tiene: —Sí, completad... el hombre que razona solo con la carne... la carne quiere... mi alma pronto estará con DIOS.

Recomienzan los gritos de dolor. Entre un grito y otro repite el salmo 90: "*Señor, mi refugio, mi salvación en quien confío*", hasta que cae el segundo seno y todo se detiene. Agatha respira afanosamente llorando de dolor. Quinciano se le acerca y dice: —¿Qué has decidido, mujer? Agatha responde: —El alma mía engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en DIOS mi salvador. Lo dice con dificultad, pero con fiereza. Mientras Quinciano, irritado, ordena que sea devuelta a la cárcel.

---

## 19. En la tétrica cárcel

Agatha está atada todavía, con cadenas en manos y pies, en el lugar donde se ha presidido el proceso. Está desnuda de cintura para arriba, con el pecho amputado, además de numerosas heridas provocadas por los tizones ardientes y el potro; está visiblemente sufriente, sudada y sucia. El procónsul acaba de ordenar el fin temporal de sus torturas, pero también ha ordenado que no se le dé ni comida ni bebida y, naturalmente, cualquier cura o visita le estaba prohibida. El objetivo era hacerla arrepentirse, abjurar de la fe, aunque, reducida como estaba, difícilmente podría sobrevivir a la noche. Quinciano se había resignado a no poder tenerla físicamente, así que esperaba al menos ganar una "confesión" suya para poder celebrar ante el pueblo y sus superiores esta victoria.

Los soldados actuaron prontamente para soltar primero las ataduras de sus pies y luego las de las manos. Sin embargo, cuando las manos fueron finalmente liberadas, Agatha, exhausta, cayó al suelo como una flor cortada. Cayó con el rostro hacia abajo, lo que le provocó un dolor indecible en las llagas, haciéndola gemir, sin tener sin embargo la fuerza para moverse. Pero esto no importó mucho a los soldados, que tenían mucha prisa y la incitaron a levantarse, pinchándola con sus lanzas. Agatha se retorció y gritaba desesperadamente, intentando en vano levantarse. Pero estaba claramente demasiado débil para hacerlo sola. Así, por orden del procónsul, tuvieron que ayudarla a llegar a la prisión. La levantaron bruscamente (provocándole más gritos de dolor) y, sosteniéndola por las axilas, la condujeron a la cárcel. A pesar de que intentaba caminar, no fue capaz de mantener el paso y fue "arrastrada" hacia adelante.

Se ha leído sobre una entrada "triumfal" de Agatha en la cárcel, como si fuera invitada a unas bodas; quizá en el alma fue así, pero en el cuerpo estaba ya moribunda y dolorida. Llegados al umbral de la cárcel, la arrojaron al suelo con violencia (de nuevo boca abajo), haciéndola gritar fortísimo porque los brazos acabaron cruzados sobre el pecho amputado. Decidieron, a falta de más órdenes, no atarla por el momento ni torturarla más. La idea era preguntar qué hacer al gobernador, pero no lo encontraron porque ya había regresado a su *domus*, así que lo más lógico fue dejarla estar. La incumbencia de qué hacer sería confiada al soldado del turno siguiente, un hombre llamado Cornelio, que se convertirá en alguien muy importante en los últimos días de Agatha.

Agatha permaneció así, boca abajo, gimiendo y llorando sin tener fuerza para girarse. Lo único que logra hacer es ensanchar los brazos que tenía aún bajo el pecho, de modo que asume el

aspecto de un pequeño crucificado plantado en el suelo. Permaneció así rezando y llorando durante cerca de una hora, hasta que ocurrió el cambio de guardia.

Los soldados del turno siguiente condujeron a la cárcel a Cornelio, que tenía que hacer el turno de noche y que no había asistido al proceso, por lo que no sabía qué había sucedido. El viejo soldado agarró a Agatha por un brazo y, girándola con poca delicadeza, la hizo gritar de dolor. La reacción de Cornelio al verla así fue de conmoción: —¿Cómo la ha dejado? —lo dice cubriéndose los ojos para no ver la horrenda escena. Agatha, mientras tanto, busca delicadamente con el brazo el vestido para cubrirse. Los soldados responden enseguida: —Es cristiana, Cornelio; es culpable de no haber sacrificado a los dioses... Cornelio responde: —¿Desde cuándo a una mujer se le quita su feminidad? ¿Y la leche materna? Es inhumano. La respuesta es perentoria: —Es el castigo por no haber adorado a los dioses. Pero Cornelio insistió: —Ningún ser humano puede ser privado de tal modo de su dignidad, quitándole la más bella función que tiene. Los "colegas" entonces, con aire de amigos, le dijeron: —Procura que no te oiga el procónsul o acabarás tú también de este modo. Cornelio los mira y murmura: —Es horrible... Interrumpe la frase, que se entiende muy claramente que tendría una continuación. Dejándole las consignas, lo saludan: —Hasta mañana. —Salud a vosotros —respondió el anciano Cornelio.

Al encontrarse solo con Agatha, se sentó sobre sus piernas y, mirándola, se dio cuenta de que ella finalmente había logrado recuperar un jirón del vestido para cubrirse el pecho desgarrado. Tiene los ojos entornados y sucios, está rodeada de sangre que se mezcla con la suciedad, el sudor y el polvo, acentuando el ardor de las heridas. Agatha baja la cabeza, como si quisiera descansar un momento, sobre todo el cuello. Había suplicado a DIOS que no la hiciera desmayarse nunca por dos razones: para protegerse de la eventualidad de que alguien pudiera aprovecharse de su estado de inconsciencia para violar su pureza; y porque deseaba sentir todo el dolor, tal como lo había hecho Jesús. De hecho, durante las noches pasadas bajo la vigilancia de Cornelio, había dormido solo esporádicamente. Sin embargo, en momentos como este de dolor intenso, no habría podido encontrar descanso ni queriendo.

Cuando notó el gesto de la joven, Cornelio intentó una sonrisa muy avergonzada y le dijo: —Oh, muchacha, no tengas rubor de mí; en verdad podría ser tu padre, si no tu abuelo. En realidad, él solo habría querido evitar que la tela se pegara a la sangre y a la herida, aumentando así su dolor inútilmente. Agatha se giró y lo miró, mientras con un hilo de voz respondió muy lentamente: —Sé que no sientes ninguna emoción... pero demasiados me han visto desnuda... ahora... concédeme cubrirme. Seguramente Cornelio no se esperaba una respuesta semejante y se sintió aún más avergonzado, así que dijo: —Mujer, tengo orden de no traerte ninguna ayuda, pero voy allí... pasaré de vez en cuando para ver qué necesitas. Agatha asintió. Cornelio se fue.

Agatha fue presa de violentos escalofríos, que se intensificaban a medida que el dolor continuaba imperando. De vez en cuando, Cornelio se asomaba a la puerta de la celda, solo para irse enseguida, dejándola sola en su sufrimiento. Agatha temblaba cada vez más, y esta condición duró tres interminables horas. Solo cuando el apóstol de Cristo entró, parecía que en Agatha quedaba solo una pequeña chispa de vida, un respiro apenas perceptible, la última

llama que estaba a punto de apagarse. Sin embargo, antes de que el milagro sucediera, vino de nuevo Cornelio que, viéndola jadear y contraerse de espasmos, tuvo piedad. Llevó consigo un vaso de vino; quería hacérselo beber para que, aturdiéndose un poco, sufriera menos. Ella, de verdad con voz apenas audible, dijo: —La única cosa que alivia mis sufrimientos es Cristo. El hombre hizo de nuevo el gesto invitándola a no ser testaruda, y ella sin hablar rechazó nuevamente. Así, un desconsolado Cornelio se fue resignado a tener que verla morir entre espasmos y dolores, mientras ella permaneció todavía en el suelo unos minutos, hasta que vino el discípulo de Cristo.

---

## 20. El apóstol y la devota

Agatha está tendida en el suelo de la cárcel; su cuerpo es una masa de sangre, el vestido desgarrado y sus manos lo sostienen sobre el seno cortado. Sus ojos pequeñísimos y moribundos lloran, más por el pudor herido de haber tenido que mostrar sus pechos virginales que por el dolor, que también existía. Lloro también porque Jesús ha sido terriblemente ofendido. Contemporáneamente, sin embargo, se siente envuelta en una mística paz interior; sentía la presencia de su Divino Esposo cercanísima, tanto que pensaba que estaba a punto de morir, y en las condiciones en que estaba, habría bastado verdaderamente poco.

Cerró los ojos para contemplar una oración a DIOS, intentando sumergir en Él su espíritu. Pero apenas reabrió los ojos, vio sobre ella a un anciano que la miraba fijamente. Agatha se preguntó interiormente quién sería, e hizo un leve gesto con sus débiles fuerzas para intentar cubrirse aún más el seno cortado. Intentó enfocar la figura; no le era sencillo por la penumbra y la falta de fuerzas. Pero de improviso la figura habló: —Joven, que sufres por Cristo, ¿quieres ser curada por mis manos? Agatha no respondió, más que nada porque intentaba enfocar y reunir las fuerzas para encontrar la voz.

El anciano retomó: —Aunque el necio cónsul te haya afligido demasiado con tormentos corporales, tú con tus respuestas le has infligido más graves penas. Y puesto que él te ha torturado y hecho arrancar el seno, su abundancia se le ha cambiado en hiel, y su alma está reservada a amargura eterna. Y puesto que yo estaba presente cuando tú sufrías tales cosas, observé y me di cuenta de que tu pecho puede recibir cura y salvación.

En ese punto Agatha comprendió que el anciano quería curarla de verdad y, creyendo que fuese un cristiano, quizá dejado entrar por Cornelio, con dulzura respondió: —Jamás he aplicado a mi cuerpo medicina terrena y no conviene que pierda ahora lo que he conservado desde la primera edad. El anciano le sonrió; se notaba en su rostro una expresión de complacencia por la respuesta obtenida, así que, dejando creer que fuera un cristiano de visita, retomó: —Yo también soy cristiano y conozco bien el arte médico: no quisiera que tengas rubor de mí.

Agatha intentó fijar la vista un poco mejor y solo ahora se dio cuenta de que cerca del anciano había un jovencito con un cirio luminoso en la mano. Hizo una respiración y una mueca de

dolor, porque el movimiento le desgarró el pecho herido, y respondió: —¿Y qué rubor puedo tener yo de ti, que eres ya viejo y muy avanzado en edad? Y además, aunque yo sea una muchacha, mi cuerpo está tan lacerado que mis mismas llagas no permiten que ningún estímulo sensual excite mi ánimo de modo que mi pudor pueda ser turbado. Pero te doy las gracias, oh buen padre, porque te has dignado tener por mí tanta solicitud; y te repito que mi cuerpo no será nunca tocado por medicinas hechas por hombres.

Verdaderamente la respuesta que había dado había requerido todas sus energías; fue dada a tramos. La pobre Agatha trató de dar una dulce respuesta al apóstol; aun agradeciéndole la premura, no deseaba ser curada por hombres, ni ser desnuda otra vez. Así, el apóstol insistió: —Pero, ¿por qué no permites que yo te cure? Agatha en ese punto sintió un impulso de profesar su fe de manera explícita. Sabía que si Dios hubiera querido curarla lo habría hecho sin violar su pureza, así como había venido al mundo sin tocar la virginidad de María. Dios, de hecho, a diferencia del demonio, respetaba siempre plenamente la voluntad de los hombres. Con esta convicción dijo: —Porque tengo por salvador al Señor Jesucristo, el cual con la sola palabra cura cualquier cosa y su sola voz todo restaura: este, si quiere, puede sanarme.

El Apóstol había oído finalmente lo que quería oír. Agatha conocía bien a su DIOS y mostraba en Él una confianza desproporcionada, en su omnipotencia, en su amor y en su voluntad de elección. En ese punto era hora de revelarse, así que sonriendo le dijo: —Y es precisamente Él quien me mandó a ti: yo no soy más que su Apóstol; y en el nombre de Él sabe que debes ser sanada. Dicho esto, desapareció. Agatha pudo ver solo el haz de luz que "salía" de la reja. Aún en el suelo, no se dio cuenta enseguida de la curación, así que de un salto se levantó para ir hacia la reja, como si se hubiera despertado de un sueño, y solo entonces se dio cuenta de que todo era verdad y que ella estaba perfectamente sana. Así, apoyada en la reja, tratando de fijar la vista en lo alto como si viera el cielo, dijo esta oración: *"Te doy gracias, oh Señor Jesucristo, que te has acordado de mí, y me mandaste a tu Apóstol que me ha confortado y ha sanado mis miembros."* Y así permaneció por un rato.

---

## 21. Un nuevo discípulo: El soldado Cornelio

Introducir la figura de Cornelio significa narrar la historia de un soldado que, por divina providencia, se encontró de turno en los momentos cruciales del martirio de Agatha. Este hombre supo acoger la gracia que lo llevó a la conversión. Inicialmente, había considerado a Agatha como una mujer bella pero de comportamiento excéntrico, una visión común entre los paganos que a menudo juzgaban a los cristianos como extravagantes o incluso locos, cuando aceptaban sufrir crueles torturas por un Dios que parecía haber sufrido más que ellos. Sin embargo, su pensamiento se transformó, y aquella misma mujer ganó su estima hasta el punto de empujarlo a cambiar de fe.

La curación milagrosa realizada por el Santo Apóstol no escapó a los ojos del hombre que, recuperado del estupor debido a la aparición, fue a donde Agatha para preguntarle: —¿Quién te ha sanado? —Jesús, Dios. —Es fuerte tu DIOS. —Es Misericordioso, y ama a todos. —Si no

hubiera visto con mis ojos, no habría creído nunca. —Es de hecho por esto que Jesús se ha dignado sanarme; no por mí, pues yo sé lo que Él quiere de mí... sino para que haya personas que crean en su amor. —Mujer, eres bella, inteligente. ¡Sálvate! —¡Ya estoy salvada! —¿Qué quieres decir? Quinciano te hará pedazos, te lo digo como un padre. Sálvate, puedes adorar a tu DIOS y predicarlo como quieras si te salvas; así, en cambio, solo conseguirás que te masacren. —Dios no ama la hipocresía. Él ha dicho que quien ha puesto las manos en el arado no puede volverse atrás. ¿Cómo podría yo seguir viviendo tranquilamente después de haberlo traicionado? ¿Especialmente después de lo que acaba de hacer? No, yo me quedo aquí, para testimoniar la verdad, esa verdad que nos hace libres: la palabra de DIOS.

—¿Quién es tu DIOS? —Él es amor. —Es potente, más potente que todos los dioses, esto lo he visto. Pero si es amor, ¿por qué no te salva? —Porque si me salvara del martirio, salvaría solo mi vida, mientras que Él quiere salvar a todos, no solo en los cuerpos sino en las almas.

El soldado la miraba; no lograba apartar la mirada del pecho sanado. Agatha no sufría por ello, porque su mirada era verdaderamente paterna, sin malicia. Y entonces respondió: —El amor es lo que confiere la fuerza de hacer lo imposible por la persona amada, para traerle alegría. Por tanto, te digo, hombre, que si tan solo un alma lograra convertirse, la muerte me encontrará con una sonrisa. —Tú estás loca. ¿Cómo puedes morir con una sonrisa, si eso te hará morir entre los tormentos más crueles? —No hay alegría más grande que poder decir: "Todo se ha cumplido, Dios mío; ahora que he hecho tu voluntad, estoy lista para ir a ti, acógeme pronto".

Las palabras de Agatha habían fascinado al viejo soldado, pero su mente anclada en el paganismo no podía ser totalmente persuadida. Ciertos conceptos parecían incoherentes, sobre todo el deseo de morir en lugar de abrazar la salvación y rendir homenaje al propio DIOS. Sin embargo, la atracción que este hombre sentía y su búsqueda interior de espiritualidad eran potentes. Por ahora, decidió poner fin a la discusión. Su mente tumultuosa necesitaba tiempo para reflexionar y, además, el alba estaba a punto de despuntar, indicando la conclusión de su turno de guardia. Así, dejó a Agatha inmersa en la oración mientras él, desde su puesto, emprendió una larga meditación

## **22. El amanecer de un nuevo día**

Al alba, Agatha se encuentra atada de manos y pies. Es el propio Cornelio quien se encarga de esta delicada operación. No querría hacerlo, pero ella insiste, consciente de que el próximo turno de guardia efectuará las mismas operaciones y, muy probablemente, le infligirá torturas. Con dulzura, ella lo convence: —No quiero causar escándalos, buen hombre. Te agradezco tu gentil voluntad, pero respetemos la ley.

Agatha, por orden del procónsul, no debería haber recibido ni comida ni bebida. En teoría, si no hubiera sido curada, ya habría muerto desangrada. Cornelio se preocupa sinceramente por ella y la ata de modo que pueda moverse con cierta comodidad. Con su *flammeum* cubre su pecho, ya que su vestido está en malas condiciones. Este gesto afectuoso no escapa a Agatha, que se lo agradece; ella sabe que ha soportado y seguirá soportando miradas impuras y depravadas, como buitres que amenazan su pureza, donada solo a Jesús.

Agatha está cansada, curada pero exhausta. No ha dormido y tiene los ojos hinchados. Cornelio, con discreción, logra ofrecerle un poco de agua para mojarse los labios. Le promete que durante la noche le traerá pan, pero ella gentilmente rechaza. El ayuno es una ofrenda grata a Jesús. Con la promesa de volver a verse, Cornelio se aleja, comprobando que todo esté en orden. Ha hecho todo lo que podía y ahora solo puede rezar en silencio por su seguridad. Agatha lo tranquiliza con increíble fuerza cristiana y lo despide con un: "Ve en paz, amigo mío".

Agatha, por su parte, ve entrar a los soldados del nuevo turno y sabe que se encamina hacia una nueva jornada de torturas. Sus ojos están cerrados, quizás en oración o quizás descansando. Entre el cansancio físico y el dolor del alma, trata de reunir sus energías. Los hombres del nuevo turno hacen su entrada, rompiendo el silencio con una risa burlona. —¡Salve, muchacha! Agatha no responde y calla, manteniendo aún los ojos cerrados. —Eh, te has equivocado, no muchacha... ¡Salve, Sierva de Cristo! —y sueltan una carcajada. Agatha mantiene los ojos cerrados, parece un pequeño crucifijo. Los soldados continúan: —Eh, aún no hemos entendido si eres noble o esclava, ¿puedes explicárnoslo, por favor? Silencio... Si no fuera por la respiración parecería muerta; en realidad solo está rezando, dirigiendo la mirada a DIOS. A Satanás no se le escucha, se le tiene bajo los pies, y no se cae en tentación.

El hombre continúa: —Detesto a los patricios, constantemente posando con soberbia; gozan de privilegios a nuestra costa y aun así se sienten superiores. ¿Tiene el coraje de definirse sierva ella...? Verdaderamente una afirmación de "noble", ¿si así puedo decir? Agatha lo mira y calla. ¿Qué podría decirle? Ha ayudado a los demás y viene al proceso vestida de sierva; podría haber hecho intervenir a la parentela para salvarse o procurarse certificados falsos de adoración a los dioses, pero no hace nada de todo eso, se deja ofender por ellos, y todo esto no parece un comportamiento de "noble".

Pero el soldado no ve y continúa: —Eh, mujer, dime, además del seno, ¿te han arrancado también la lengua? Interviene el otro: —Veamos si tiene voz. Y le propina una bofetada fortísima. De la boca de Agatha no sale un grito, sino solo un gemido. La bofetada con la mano pesada del soldado le hace sangrar el labio. Vuelve a cerrar los ojos y calla. —Bien, ¡la mujer tiene voz! Eso lo sabemos. Cabría preguntarse por qué, con tantas cosas que hacer, los soldados tenían que pasar el tiempo precisamente con ella.

De repente, el soldado tiene una revelación; nota el volumen bajo el velo y comprende que allí están los senos. Le arranca el velo de encima desnudándola y grita: —¡¡¿QUIÉN TE HA SANADO?!! ¡¡AQUÍ NO PODÍA ENTRAR NADIE!! Agatha responde en voz baja pero con firmeza: —No hay puerta cerrada donde DIOS no pueda entrar; Jesucristo me ha sanado. Agatha, siempre taciturna, no se ahorra nunca hablar si hay que testimoniar la gloria de DIOS. —¿Cristo? ¡Basta con esta historia! ¿Soy acaso tan ingenuo o lento para no darme cuenta de que alguien ha entrado aquí? Dime, ¿quién te ha curado? Y acompaña la frase con otra bofetada.

Agatha lo mira con los ojos brillantes por el dolor y repite con el mismo tono de voz pausado y resuelto: —Jesús me ha curado, ¿quién más habría podido hacerlo? ¿Vuestros dioses? Tras un breve silencio, continúa: —Bueno, estoy satisfecha, al menos ahora sé que no tenéis más

razón para mantenerme prisionera. Ni siquiera ellos quieren mi sacrificio. Encuentra la fuerza para esbozar una sonrisa que le cuesta otra bofetada. —¡No ofendas el nombre de los dioses, scelerata! Y ella retoma: —¡Ellos mismos se ofenden! Están incluso peleándose entre ellos, pues Venus continúa conteniendo por aquella manzana, discutiendo con Diana. Le cuesta la enésima bofetada; ahora tiene el rostro hinchado. Pero esto no la hace rendirse e insiste: —Según vosotros, hombres sabios, ¿quién me ha curado? —Alguno de vosotros, malvados cristianos, ha entrado en la cárcel con la colaboración del soldado y te ha curado. Agatha coge la ocasión al vuelo y proclama: —Jamás he encontrado alma que tenga el poder de restaurar un seno amputado. ¿Y vosotros? ¿Sostenéis que esto es obra de un cristiano? En tal caso, grande es la potencia de nuestro Dios.

Esta vez la bofetada se la dan ambos soldados, con toda la potencia de su cuerpo. Ella sufre el dolor, mezclado con el placer de haber dado gloria a DIOS y de haber dado voz al Espíritu Santo; de hecho, los soldados no sabían qué responderle y, después de haberla golpeado, se fueron diciendo: "Cristianos, qué raza de malvados...". Por ahora ha terminado todo.

---

## 23. Y llega la tarde

La tarde ha caído y Agatha está todavía atada a las cadenas. Las muñecas y los tobillos están marcados por heridas provocadas por el continuo roce con ellas. Sus cabellos están impregnados de sudor y suciedad, y su rostro está hinchado, con los labios partidos por las bofetadas sufridas. A pesar de todo, su belleza resplandece como nunca antes, irradiando un aura angelical mientras parece adormecida en oración. Quizás está tratando de recuperar las energías después de una jornada de torturas infligidas por los soldados.

Cornelio, con paso incierto, se acerca con una vela. Viendo su condición, el soldado es presa de la compasión. Con delicadeza, le posa un velo sobre el cuerpo exhausto y retira con cuidado las cadenas. Agatha está tan exhausta que se le cae encima. —Muchacha, te lo dije ayer, ¿por qué no escapas? Agatha le sonríe, con una sonrisa maravillosa y paradisíaca: —La alegría que me da DIOS en estos momentos no me la darían ni todas las riquezas del mundo juntas.

Cornelio saca de una bolsa un poco de agua y, mientras acomoda a Agatha apoyada en un muro, se la da; ella bebe un sorbo y luego rechaza. Lo mismo con el pan, sobre el cual primero reza interiormente un Padrenuestro. Apoya la cabeza en el muro, abre los ojos y continúa citando el Evangelio: *"Y cuando os conduzcan para entregaros, no os preocupéis de lo que tendréis que decir, sino decid lo que en aquella hora se os dé: pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo."*

El soldado, que no conocía el Evangelio, no comprendió sus palabras; la tocó en la frente para ver si deliraba. Agatha lo miró de nuevo y sonrió: —Tú no conoces al Espíritu Santo, ¿verdad? Obvia la respuesta del soldado. —Y sin embargo no conoces más que a Él; Él está en todas partes, actúa en todo, Él es todo lo que ves. Lo miraba fijamente tratando de escrutar al soldado, que respondió: —¿Es el Espíritu de tu DIOS? Ella retomó: —No solo el espíritu, Él es

DIOS, y en mí habla, como con todos sus hijos que tienen los oídos atentos para oír sus palabras, hombre. Se detuvo un instante, recuperó el aliento. —¿Ves? En el proceso, Quinciano me hizo golpear porque no tenía más palabras; si hubiera tenido razón en su doctrina, habría encontrado ciertamente pruebas irrefutables, pero no las ha encontrado y donde no ha podido la palabra, ha usado la violencia.

Tomó aire y continuó: —¿Ves? Siempre he leído las palabras del Señor, que nosotros llamamos Evangelio, y las he amado, pero en el proceso he verificado por primera vez sus promesas: he dejado hablar al Espíritu Santo, de quien mi cuerpo es templo, y he visto a los enemigos confundidos... la sabiduría de DIOS es infinita, la del hombre es muy limitada... El soldado dijo: —Mujer, tú eres una noble, tu hablar es culto, has estudiado a los filósofos, y seguramente con tales argumentos has bloqueado las palabras de Quinciano. Ella sonrió: —No, hombre... también la sabiduría es un don de DIOS, también la sabiduría es DIOS. Quinciano no me ha interrogado sobre los filósofos griegos o sobre la ciencia de la tierra, me ha interrogado sobre DIOS, y a DIOS no se le estudia en la escuela, a DIOS se le conoce en el alma.

El soldado dijo: —¿Qué es el alma? Y Agatha dijo: —El alma es la parte divina que hay en ti. Tú no lo sabes, pero cuando mueres, tu cuerpo vuelve a la tierra pero tu alma, que es tu aliento, vuelve a DIOS, y allí es juzgada según sus preceptos de caridad. —¿No existe el Hades? —No existe. Existe el paraíso, donde las almas contemplan a Dios bendito por los siglos, y el infierno, donde las almas que han decidido separarse de él lo estarán eternamente... con extremas sufrimientos.

Agatha estaba luminosa en los ojos y, a pesar del cansancio y el sueño, encontraba siempre fuerza para hablar de DIOS. Cornelio, entre el estupor y la fascinación, se repetía que debía dejarla descansar, pero luego no lograba separarse. —¿Qué te han hecho esos soldados? Agatha ríe, una verdadera risa, lo mira y dice: —Jesús mío, cuánta paciencia... Tú hablas a todos y sin embargo todos se obstinan. ¿Los soldados dices? No se dan cuenta de lo absurdos que son sus dioses, y con tal de no admitir que van detrás de trozos de madera prefieren usar la violencia y decir "malvados cristianos". Dios, perdónalos, no saben lo que dicen. —Mujer, atenta al hablar, sus dioses son también mis dioses... —Oh, tú, hombre —sonríe Agatha con ligereza—. Ya has comprendido cuán malvados son tus dioses, de lo contrario no te encontrarías aquí. Y si estuvieras aquí, sería para infligirme más sufrimientos, soy muy consciente de ello. ¿Pero qué decir de una Venus impúdica y de un Júpiter ladrón? ¿Son estos vuestros dioses? Parecen peores que nosotros.

Se levanta, va hacia la reja y dice: —Cada uno de ellos duerme sueños tranquilos, pero eso ocurre porque DIOS vela sobre todos, y tú, hombre que hoy te encuentras velando aquí, recuerda que DIOS vela sobre ti. Se detiene, lo mira y dice: —¿Tienes hijos? —Sí, dos. —¿Cuáles son sus nombres? Él se detiene a pensar, no le responde... dice: —Mis hijos son la cosa más preciosa que tengo, no querría que les sucediera ningún mal. ¿Tú dices que tu DIOS vela sobre ellos? —Tú, padre imperfecto, has dicho una palabra bellísima. Piensa que el Padre nuestro creador dice esto de nosotros en cada momento; nosotros somos sus hijos. Él no es como Júpiter o Neptuno, perezosos, ni como Venus, envidiosa y vanidosa. Él ha venido al

mundo para hacerse matar por sus hijos, para sus hijos. ¿Tú no lo harías si los vieras en un grave peligro? Y te digo que aunque tu respuesta fuera "no", Él ha respondido sí, y lo ha hecho.

Se agacha, le acaricia la cabeza, estira la mano hacia la cantimplora... recibe y bebe un sorbo, luego toma el agua, se vierte un poco en los dedos, aún sucios de sangre, y le pasa un poco por los labios... —Pueda esta agua purificar tu corazón por gracia de DIOS. Hace una señal de la cruz en los labios del hombre. —¿Ves, querido amigo? Un pagano como tú, viendo el pecho desgarrado de Jesús se arrodilló y dijo "verdaderamente este era hijo de DIOS". Lo mismo te deseo a ti... Ve a un emisario de Jesús, hazte bautizar con el fuego del Espíritu Santo... entonces, habiéndolo recibido, no habrá más muro que no pueda ser derribado. El soldado miraba a Agatha, sucia y polvorienta, hinchada, pero extremadamente bella, y mientras ella lo miraba fijo a los ojos, él le dice: "Gracias, mujer, atesoraré tus palabras".

---

## 24. Una extraña visita

En la celda, Agatha está sentada con los ojos cerrados, pero el sueño se le escapa. Su mente está en meditación, mientras los labios susurran oraciones. La puerta carcelaria se abre lentamente. Cornelio hace su entrada, moviéndose con extrema delicadeza. Agatha, aunque divisa al visitante, no se deja sorprender. —Perdóname, no quería molestarte de nuevo —se excusa Cornelio. Agatha responde con una sonrisa y un gesto hacia el sitio vacío a su lado. —¿No logras descansar? ¿Ni un poco? —le pregunta. Agatha, tranquila y compuesta, replica: —No es la hora del sueño, sino de la vigilia. Cornelio, que obviamente no reconoce la cita evangélica, siente curiosidad: —¿Y qué propósito anima esta vigilia? —Dime, ¿tú no velas en tiempos de guerra? ¿No tienes miedo de un atentado enemigo? —Muchacha, pero tú no corres ningún peligro, o al menos no aquí dentro. Deberás temer, eso es cierto, por el proceso, ¿pero aquí? Y además, mal que vaya te defenderé yo... nadie puede tocar a un prisionero antes de una sentencia.

Agatha fija la mirada en Cornelio. Se levanta y se ajusta el vestido. —Tú, hombre, debes ver cómo Dios cuida de cada uno de nosotros. Ha elegido incluso sanar mi seno. Es Él quien defiende a sus hijos —afirma—. Te estoy agradecida, pero quien puede verdaderamente herirme no es quien desea mi muerte o arrancarme el seno. Ni siquiera quien puede abusar de mi feminidad, aunque eso provoque un dolor atroz. El único temor que nutro está reservado a quien tiene el poder de dañar mi alma, condenándola a un fuego eterno.

Agatha, claramente exhausta, sonrío y prosigue: —Hay dos cosas que deben ser defendidas hasta la muerte y más allá: una es DIOS, que te ha creado y redimido. La otra cosa que debe ser defendida es tu alma, porque es la única cosa que dura eternamente... y debe ser tratada bien, porque hay quien quiere destruirla. Cornelio pregunta obviamente: "¿Quién?". Y Agatha responde: "El demonio". Cornelio le toma un brazo y le dice: "Estás muy cansada, duerme un poco". Agatha le sonrío: "Si tuviera que morir, sería joven para siempre, el alma no envejece... En realidad, están más vivas las personas que tú llamas muertas que las que llamas vivas... Si están con DIOS, ten por seguro que NUNCA te abandonarán".

—No te veré jamás cristiano mientras esté aquí, pero mi sangre será semilla en tu alma... Cornelio dice: "¿Pero qué dices?". Evidentemente ha malinterpretado el sentido de la frase. Agatha sonríe y dice: "La Sangre de Esteban convirtió a Saulo... Se te abrirá el cielo de par en par cuando yo exhale el último suspiro...". Le pone las manos en la cabeza: "Mientras yo esté delante de Jesús, se te revelarán los significados de mis palabras". —Un día recordarás estas palabras. De esta pequeña semilla partirá la chispa con la que se inflamará tu corazón. Le toca el corazón y dice: "Ten fe".

---

## 25. ¿Qué es la libertad?

Agatha está sentada en la lúgubre cárcel. Irrumpe de improviso Cornelio. —Mujer, tú eres muy joven y también muy sabia; es en virtud de estos dos méritos que quiero plantearte una cuestión. Si tú tienes un hijo que de repente te dice "quiero irme, quiero ver el mundo, la vida según los cánones sociales me queda estrecha, quiero ser libre", ¿qué haces? Agatha se mira las cadenas en los pies y dice: "Lo dejo ir". —¿Pero qué dices? No tiene dinero consigo, nadie lo conoce, no tiene mi protección ni una profesión. —Existe un solo bien, el cielo; eso envuelve y protege todo lo que está bajo él, al hombre no le basta más que esto. —Entra un momento en el corazón de padre, ¿no crees que debería estar preocupado? —Nací noble y de apreciada familia; y, sin embargo, por diverso tiempo he elegido tener solo el cielo como manta y te digo que no solo no me lamento de ello, sino que volvería incluso ahora mismo si no tuviera las cadenas.

Cornelio permaneció petrificado. Decidió cambiar de tema: "¿De quién eres hija?". —Oh, hombre, ¿y qué importa ya? Soy hija de los pájaros que vuelan y hermana de los cervatillos que pastan. Háblame de tus hijos, hombre. —Son dos, uno ha elegido el camino que te he indicado, el otro es soldado, es honrado y muy amado; estaba él de turno cuando llegaste, estoy muy orgulloso de él. Agatha se detiene, pensando que está a punto de decir la primera mentira de su vida, y dice: "Me ha tratado bien, sí... pero él no es más noble que el otro hijo". Esboza una sonrisa para atenuar la vergüenza de haber ocultado el mal trato del hijo de Cornelio (Plinio). —Escúchame, mi buen padre, no cortes las alas a tu hijo. Tú no podrás estar dondequiera que él esté, pero sabe y ten fe que de todos modos sobre sí tendrá siempre el cielo.

—¿Hay alguien a quien echas de menos más que a todos? —pregunta Cornelio. A Agatha se le escapa finalmente una lágrima y dice: "Fides". —¿Es tu prometido? —¡Es mi perro! —¿Más que a todos echas de menos a un perro? —¡Claro! ¡Me ha comprendido más él que mis dos mejores amigos juntos! —¡Pero tú estás loca! —Escúchame, buen hombre: tienes un hijo libre que tú piensas que es esclavo y un esclavo que tú piensas que es libre. Si tuviera que elegir para mi mejor amiga, elegiría sin duda al primero. Cornelio ríe y, dejando la celda, comenta para sí con un tono bromista: "No tenía dudas de que vosotros, seguidores de Cristo, estabais un poco locos".

---

## 26. Quien reza nunca tiene miedo

Agatha está sentada en la oscuridad húmeda de la celda. Febrero trae consigo un frío penetrante. Agatha reza en silencio. De repente, Cornelio entra. —Te esperaba —susurra ella. —No he venido antes porque creía que dormías... —Encuentro más alivio rezando que durmiendo... ¿Cómo haces para estar tan serena? —Quien reza nunca tiene miedo. Humano es el miedo, pero se tiene miedo de lo que no se conoce. Yo no tengo miedo, cuando está DIOS está todo.

Agatha apoya su mano en el hombro de él. —Amigo, lo que dices es verdad, tampoco yo veo a nadie, pero lo que no ves con los ojos humanos puedes percibirlo con tu alma. Se pone las manos en el pecho. —¿Ves? Aquí no está solo tu corazón, sino también tu alma. Mira aquí, ¿qué ves? ¿Piensas que el mundo sean solo estas cuatro paredes? No, amigo querido... Jesús es mucho más... es inmenso. Quien está con Él vive lo mejor posible el presente, para ofrecerlo continuamente. —Es comprensible preocuparse por el futuro... Tengo una familia... —También yo... tengo una madre que se quedará sola cuando yo no esté... Pero no estará verdaderamente sola, ya que Dios vela por ella. Y yo seguiré haciendo lo mismo... Vegilaré. Cornelio acoge las palabras. —El amor de DIOS se refleja en los niños... y cuántas verdades emergen de sus labios... Quién sabe a cuántos acogeré en el paraíso. Se detiene, interrumpe la afirmación casi de inmediato.

---

## 27. El último saludo

Sentada en un rincón de la cárcel, Agatha está acurrucada en la penumbra. De repente se oye abrir la puerta. Dos sombras entran. Son Constantino y Apolonia, que han entrado a escondidas con la colaboración de Cornelio. Agatha se alegra y los abraza fuerte. —¿Y Fides dónde está? —No podíamos traerlo aquí —interviene Constantino. —Amigos míos, pensaba que no os volvería a ver en esta tierra. Apolonia, escrutándola, dice: "Pero... Pero en ti no encuentro herida alguna y el seno está íntegro". —El apóstol del Señor vino la otra noche a sanarme. Me ha sanado el alma más que el cuerpo. —¿No piensas que debes irte? —interviene Constantino. —Oh no, los prodigios del Señor no han ocurrido para hacerme una pusilánime. Estoy viviendo en mi piel los signos del Señor, las heridas y el dolor, estoy crucificada con Él.

La voz de Cornelio rompe el silencio: "Amigos, lamentablemente el tiempo es tirano. Si nos encontraran aquí, arriesgamos todos la vida". —¡Que así sea! —dice Constantino indignado. Y Agatha interviene: "¡No abras el razonamiento primitivo de las criaturas, no seas tonto! ¿Por qué razón deberías poner en peligro la vida de este hombre y de sus afectos? ¡Tienes un sendero mucho más señorial que se te presenta, te conjuro a no perder de vista esta realidad!". Apolonia ríe por el sonoro reproche dado al amigo: "No cambias nunca, Zeus". Agatha abraza a Constantino y ríe: "Eres un testarudo, pero te quiero un gran bien, eres un tesoro irrenunciable". Esta vez es Agatha quien disimula mal las lágrimas. —Nos vemos todos, os espero a Todos, os prepararé las mejores habitaciones.

---

## 28. No vivir de remordimientos

Justo después de despedirlos, Cornelio deja a Constantino y Apollonia fuera de la cárcel. Constantino está inusualmente silencioso. Apollonia le toma la mano de repente: "¿Qué te pasa?". —He sido capaz de hacerme regañar incluso la última vez, soy un idiota. Apollonia ríe. —Si Agatha no te hubiera hecho ese reproche habría sido un hasta luego empalagoso, falso. Ella no es así. Te has concentrado en el reproche y no en el hecho de que te ha dicho que eres un tesoro irrenunciable. Tiene razón, eres una cabeza de mula. —¿Cómo haces para estar tan serena? —He vivido los últimos años con ella, algo habré entendido, ¿no? Ella está tranquila porque tiene fe en Dios y en nosotros. Tú a Agatha la tienes aquí dentro (le golpea fuerte el pecho) y nunca nadie podrá arrancártela, ¡¡JAMÁS!! ¡Vibrará, arderá, te quemará si no la sacas fuera, pero no se irá JAMÁS!

---

## 29. Lo afrontaré con una sonrisa

Apollonia y Constantino se acaban de ir, es de nuevo silencio en la cárcel. Agatha está sentada en el suelo y dice para sus adentros: "Ánimo Agatha, si has llegado hasta este punto es también por ellos". Mira las cadenas y llora desconsoladamente. Cornelio entra preocupado: "¿Todo bien?". —Estoy bien, con mis lágrimas lavo la tierra. Lo estoy por mí, tengo fe en lo que vendrá después, ¿pero ellos? ¿Has visto a él? Estaba destruido. ¿Y mi Proserpina? ¿Quién cuidará de ella? Cornelio se sienta y exclama: "Dios". Agatha se asombra y lo mira: "Me lo has dicho tú, tu Dios cuidará de ellos, ¿no?". Cornelio le pide: "Quiero que hables a Él también de mis hijos. He sabido que uno de mis hijos te ha hecho daño, me he avergonzado mucho". —No importa, ya ha pasado. Dios le mostrará el camino, no lo dudes.

Agatha luego se gira y dice: "Mañana el Cónsul me quiere ver, esta podría ser la última noche". —Estaré presente —dice Cornelio. —Prepara casa, entonces podría ir también a tu casa. Cornelio la abraza fuerte. De repente, una voz fuerte viene de lejos: "¡Papá! ¿Dónde estás? Hoy soy yo quien te da el relevo". —¿Plinio?! —dice Cornelio estupefacto. Entra Plinio, que encuentra a ambos en la estancia. Plinio se dirige a Agatha: "Nunca habría querido estar yo hoy...". —Aunque no lo creas, eres un rostro amigo para mí. —¿Un rostro amigo yo? Te he hecho mucho daño. —Es verdad, pero me has hecho también mucho bien y no lo he olvidado. Camina siempre adelante, quema esa página, hazlo por mí. —¿Qué puedo hacer por ti? —Reza. —No sé rezar a tu Dios. —Oh, pero tú no debes rezar al mío, sino al tu Dios —y sonrío dándole una palmadita en la mejilla. —¡Plinio! Trae a la cristiana, el cónsul está listo —gritan de lejos. —Lo afronto con una sonrisa y con un poco de piedad por quien, a pesar de la gracia de la vida, no sabe reír.

---

## 30. Mi hora ha llegado

Por orden de Quinciano, Agatha es conducida al aula magna. Han transcurrido cinco días desde el primer proceso. Agatha aparece curada, fresca y fascinante. Su paso parece el de una novia que se acerca al altar. Quinciano rompe el silencio: "¿Hasta cuándo te obstinarás en resistir? Ofrece sacrificios a los dioses". Agatha responde radiante: "Todas tus palabras son necias. ¿Quién querrá invocar a una piedra y no al verdadero Dios, que se ha dignado curarme todas las llagas y devolverme íntegro mi seno?". Quinciano se pone en pie, señala su seno y dice: "¿Quién te ha curado?". Agatha alza los ojos al cielo y dice: **"Jesucristo, el hijo de DIOS"**.

Quinciano le da vueltas alrededor, observando cómo el cuerpo es aún más bello que antes. —Yo confieso a Cristo con los labios y con el corazón no ceso jamás de invocarlo. Has poseído senos de carne... me los has hecho cortar... y sin embargo la carne se desvanece, mientras que el alma es inexorablemente inmortal gracias a Cristo. Es la piedra angular sobre la que se apoya toda su vida y gloria. Quinciano pronunció: "Veamos si tu Cristo te salvará". Ordenó que fuera despojada de sus vestidos y revolcada desnuda sobre piedras ardientes y carbones incandescentes. Agatha dijo: "A mí el fuego terreno, que quema el cuerpo; a ti el fuego eterno que quema el alma...". Tendida sobre los trozos de cerámica, fue atada y comenzó a oírse el sonido de gritos y oraciones: *"Señor, mi refugio y mi salvación..."*. De repente, un violento terremoto hace derrumbarse una columna aplastando a un hombre, mientras el tirano se ve obligado a escapar.

---

### 31. La chica que se convirtió en mariposa

Agatha es levantada de las brasas ardientes por ciudadanos benévolos. Llevada a la cárcel, el aspecto de Agatha es espantoso, el cuerpo en parte carbonizado. Su fuerza es exigua. Una mano gentil la levanta levemente, acariciando su rostro; es la de Cornelio. Cornelio se acerca con un paño empapado para mojarle los labios. El agua le da consuelo. Agatha consume sus últimos momentos. Después de unas dos horas, empieza a percibir que su vida terrena está llegando al final. Con gran fatiga, susurra: *"Señor, que me has creado y protegido desde la infancia, que me has dado fuerza en la juventud, que me has alejado del amor del mundo, que has preservado mi cuerpo de la contaminación, que me has permitido soportar los tormentos del verdugo, entre hierro, fuego y cadenas, que me has conferido la virtud de la paciencia a través de los sufrimientos. Te ruego que acojas ahora mi espíritu, pues ha llegado el momento de que yo deje este mundo por tu mandato y me reúna con tu misericordia."*

Mientras pronuncia estas palabras, Agatha lanza un grito intenso, lacerante en el aire. Parece increíble que de ese cuerpo pueda surgir un grito tan potente. Apenas emitido el grito, libera su espíritu... bajo las miradas conmovidas de los fieles.

---

### 32. Una entrada triunfal

La muerte de Agatha fue cuanto de más suave se haya visto jamás. El mismo Jesús y su madre vinieron a acoger el alma de la santa. Agatha caminaba en un haz increíble de luz, ángeles aclamaban su entrada: "Beato quien une su propia sangre a la del cordero". Agatha se detuvo ante el trono de DIOS. Un ángel puso sobre su cabeza una corona. Jesús le dijo: "Desde este momento tu nombre será **M.S.S.H.D.P.E.L.** (*Mentem Sanctam Spontaneam Honorem Deo et Patriae Liberationem*)" y le mostró la famosa tablilla que los ángeles pusieron en su sepulcro. Jesús le dijo: "Tu Sangre es la semilla que riega el nacimiento de nuevos cristianos, y Catania florecerá resplandeciente gracias a tu sacrificio". Le mostró las fiestas de Santa Águeda de todos los años venideros. Agatha pudo ver tanto la devoción sincera como las cosas no gratas a DIOS. Entonó en un canto magnífico un himno de alabanza.

---

### 33. La primera fiesta de Santa Águeda

Cuando se dio la orden de arrojar a Agatha a la hoguera, la gente se sublevó. Era su pueblo, los "pobres de rico corazón". Al grito de "*Noli tangere Agatha*" (No toquéis a Agatha), entraron donde estaba el horno. Quinciano pensó bien en escapar, pero fue alcanzado por algunos cataneses que pusieron fin a todo, arrojándolo al Simeto. Cuando Agatha exhaló el último suspiro, el pueblo, su pueblo, quiso sacarla de allí. Levantaron su cuerpo en el aire, manteniéndola en alto, triunfante. Un soldado intentó detenerlos, pero Cornelio respondió: "Es una noble ciudadana romana, le damos el tributo que merece". Al salir de la cárcel, todo el pueblo alza el cuerpo aún más alto en una ovación: "**¡Agatha está Viva!**", "**¡Todos somos Agatha!**".

Llevaron a Agatha bajo su casa. Su madre, junto a Apolonia, estaba allí. Luego vinieron los ángeles que trajeron la tablilla y la madre comenzó a gritar: "¡Es mi hija... está en el paraíso!". Y al paso del cuerpo, entre lágrimas y conmoción, la gente sanaba, la gente amaba... Llevaron a Agatha a las catacumbas. Después de haber rezado, la gente dejó allí a Agatha a la espera del sepulcro, en el que los ángeles dejaron la tablilla. ¡Viva Santa Águeda!

---

### 35. La vida después de la vida

La madre de Agatha murió dos años después de la hija. En el momento de la muerte, le apareció Agatha; la madre asintió y murió bajo los ojos de los parientes, pero solo Apolonia intuyó lo que estaba sucediendo. El tío de Agatha, el hermano de su padre que la había traicionado, comenzó a cambiar. Un año después, se añadieron las peregrinaciones. Con el tiempo, el tío se convirtió. El día en que se sometió al bautismo, soñó con Agatha en un jardín, que le sonreía: "Estoy feliz de que hayas llegado también tú...".

Apolonia, su amiga, vivió mucho tiempo, pero su vida estuvo acompañada de sufrimientos. Sus oraciones a menudo se dirigían a Agatha: "Te suplico, Agatha, si mi momento ha llegado, ven...". Cuando estuvo cerca del final, Agatha se le apareció: "Hermanita, ¿piensas que te

había olvidado? La habitación está lista, y tu batalla ha terminado. Ahora ven conmigo". Con las manos juntas, Agatha la ayudó a levantarse, y juntas se elevaron.

Constantino, el otro elemento de la comitiva y el más pequeño de todos, permaneció con vida después de todos, contribuyendo a la difusión del culto Agatino, narrador incansable de las gestas heroicas de Agatha. Un culto que ha volado en los siglos, innumerables han sido los devotos, desde Euplio y Lucía hasta nuestros días. De padre a hijo, la llama de Agatha arde en el corazón de sus devotos y jamás se apagará.

*Este escrito está dedicado a ti, Agatha, que me has criado como una madre. A ti que has sabido esperarme, perdonarme, amarme, y a ti que me has hecho conocer a la mujer que amo: Floriana. Gracias, mi amada Agatha. De la mano contigo llegaremos todos al gran castillo de Dios del que nunca más nos separaremos. Tu hijo pródigo.*